



Universidad de Chile  
Facultad de Filosofía y Humanidades  
Departamento de Literatura

**LA GRAN ESTAMPA DE FAMILIA: REPRESENTACIONES DE LA  
INFANCIA EN *SIRENA SELENA VESTIDA DE PENA* DE MAYRA  
SANTOS FEBRES**

Tesis para optar al grado de Licenciatura en Lengua y Literatura Hispánica

Patricio Tancredo Ortega Fuentealba

Profesoras guías: Lucía Stecher  
Natalia Cisterna

SANTIAGO DE CHILE, 2018

## INDICE

INDICE .....	1
AGRADECIMIENTOS .....	2
INTRODUCCION.....	4
CAPITULO I.....	8
EL CARIBE: CONTEXTO HISTÓRICO Y CULTURAL .....	9
EL CASO DE PUERTO RICO.....	13
BREVE REVISIÓN AL CAMPO CULTURAL DE PUERTORRIQUEÑO .....	18
MAYRA SANTOS FEBRES: DE MARGINALIDADES FIJAS A MARGINALIDADES MÓVILES.....	22
CAPITULO II.....	26
LA GLOBALIZACIÓN Y LOS CIRCUITOS DEL CAPITAL .....	26
EL TURISMO Y SUS INDUSTRIAS.....	31
CAPITULO III.....	37
EL ARGUMENTO DE <i>SIRENA SELENA VESTIDA DE PENA</i> .....	37
LA CONSTRUCCIÓN DEL CONCEPTO DE INFANCIA.....	39
LA GRAN FAMILIA PUERTORRIQUEÑA: UN DIÁLOGO DESDE UNA INFANCIA SEXUALIZADA .....	46
LA GRAN ESTAMPA DE FAMILIA.....	56
EL AMOR: PARA UNA LOCA ES LA MUERTE .....	60
CONCLUSIÓN.....	65
BIBLIOGRAFÍA.....	68

## AGRADECIMIENTOS

A mi madre Paula Fuentealba Seguel. Te llevo esta tesis, que me valida frente a la universidad, como un regalo a todos tus esfuerzos para que yo estudiara. Esta tesis es tanto mía como tuya. También agradecer y desagradecer a mi familia, que me acompaña a cualquier lugar con sus enseñanzas y valores, sus odios y sus miedos. Por el amor y odio que me producen. Y aunque muchas veces quiera salir de ese nido, termino llevándolo yo a todas partes.

Agradezco también a todas mis amigas que hacen que mi vida sea menos miserable. A las personas maravillosas, tanto hombres como mujeres, que conocí en primer año para adelante que me acompañaron en distintas formas en hacer esta tesis. A cada una de ellas les doy las gracias por hacerme creer que todo va a estar bien.

A Francisco Urtubia, que me ha acompañado a creer en el amor, en el dolor y en los afectos. Sin tu compañía esto habría sido algo mucho más difícil de llevar a cabo.

Finalmente, darle las gracias a mi profesora guía Lucía Stecher por presentarme, en un ramo de primero, la literatura caribeña y que desde ahí no he podido soltar. Por su redacción que envidio y que sin ella esto sería un collage mal hecho.

*A mi abuela, que me cantaba boleros.*

## INTRODUCCION

En la siguiente tesis reflexionaré en torno a la primera novela de la escritora puertorriqueña Mayra Santos Febres, *Sirena Selena vestida de pena* (2000), y específicamente cómo a través de ella se inscribe una infancia que no ha sido representada en el tópico fundacional de *la gran familia puertorriqueña*. Esto debido a que gran parte de los personajes del relato son de sexualidades y manifestaciones de género disidentes a la heterosexual, es decir, escapan al mandato que impone la matriz heterosexual (Butler). A través de esta constitución es que los personajes van construyendo comunidades afiliativas que se articulan como familias. Los lazos afectivos como también los saberes que dentro de estas comunidades alternativas se transmiten hacen que la formación identitaria de los sujetos narrados sea legitimada a partir de la transmisión de una genealogía travesti (Sirena) por un lado, mientras que por otro se articulen espacios de pertenencia (Leocadio).

Mayra Santos Febres (1966), se ha destacado por su variada producción escritural. En este sentido, Mayra ha configurado una obra que dialoga, constantemente, con las distintas marginalidades, proponiendo un discurso que se moldea desde la interseccionalidad. A partir de ello es que la autora propone una narrativa que representa subjetividades que parecen desajustadas para el poder hegemónico. La figura de Santos Febres en el ámbito cultural de su país se asocia con una importante labor de gestión cultural, tanto por la fundación del Festival de la Palabra como también por contribuir a la edición de antologías de escritores noveles, colaborando así con la aparición de nuevas voces escriturales de Puerto Rico.

La siguiente tesis se formula a partir de un ejercicio de reflexión en torno a la representación de la infancia de los personajes en la novela. Considero que se establece un diálogo entre el relato y el tópico de *la gran familia puertorriqueña*. Sin embargo, la autora propone nuevas construcciones familiares que se han visto menos representadas en la literatura puertorriqueña. Tales comunidades alternativas a la familia convencional se producen debido a que quienes las conforman son sujetos que no pertenecen a la matriz heterosexual. De esta forma, la autora construye, dialogando con el tópico identitario de *la gran familia*, una posibilidad de identidad puertorriqueña que logra representar a estos grupos que han sido marginalizados. Mi objetivo general será analizar la representación de

las infancias de los personajes y cómo éstas se construyen en estructuras afiliativas. Esto contribuye a que en estas comunidades se logren forjar tales identidades y que sean legítimas. En tanto que en estos lugares existe una transmisión de saberes y una historia genealógica que validan sus propias identidades. En este sentido, son estas construcciones discursivas las que hacen que, los sujetos narrados, se logren ver representados en esos relatos de transmisión. Los objetivos específicos que guiaron esta investigación fueron: el abordar el contexto de producción de la novela, dar cuenta de la globalización y su incidencia en el turismo dentro de la isla, y, por último, analizar la construcción de las infancias y cómo éstas inciden en la articulación de la identidad de los personajes de la novela.

Así, en el capítulo uno daré cuenta del contexto, tanto histórico como cultural, del Caribe. Las producciones simbólicas que el Caribe produce tienen que ver con su historia que se escribe entre esclavitud, colonización, etc. De este modo, comentaré las lecturas que proponen Ana Pizarro y Antonio Benitez Rojo. Otro apartado que forma parte de este capítulo es la contextualización histórica de Puerto Rico, nación caribeña que se caracteriza por su condición política de Estado Libre Asociado de Estados Unidos. Este estatuto, alcanzado en 1952, provoca que Puerto Rico haya vivido una doble colonización en su historia: primero a través de la colonia española y posteriormente por la invasión estadounidense. De esta forma, la identidad boricua se establece en este doble cariz que se plasma principalmente en la resistencia decidida a mantener su lengua materna, sin embargo, igualmente produce un dialecto asociado a la colonización estadounidense: el spanglish. Siguiendo la misma línea, abordaré a grandes rasgos, la producción cultural que ha tenido Puerto Rico. El peso que ha significado *Insularismo* (1934), ensayo escrito por Antonio Pedreira en el que se reflexiona acerca de la identidad puertorriqueña tras la ocupación de EE. UU. La aparición de Mayra Santos Febres en la escena cultural boricua ha significado representar personajes, cuerpos y subjetividades que dislocan el antiguo discurso homogeneizado e instala reflexiones más contemporáneas sobre la poscolonialidad y la época global.

En el capítulo dos de la tesis abarcaré sucintamente temas como la globalización y el turismo. El primero abordándolo desde la creciente expansión que ha tenido tal fenómeno, el que se ha producido a través de una profundización de las industrias transnacionales,

viéndose esparcidas en el mundo. Aquí entonces se configuran nuevas rutas que se constituyen mediante la permisividad que los procesos globales provocan. Aunque la permisividad que señalo es hacia los flujos que tiene el capital, no así para las personas que se ven obligadas a migrar, ya sea por su situación económica como también por el contexto social de sus países. Estas personas deben enfrentar las dificultades para poder desplazarse de un lugar a otro, debido a las diferentes políticas que los Estados articulan en torno a la migración. El segundo fenómeno, el turismo, tiene relación con la más reciente actividad económica en que el Caribe se ha visto envuelto. La confección de un imaginario, por parte de las industrias transnacionales, que hace que el Caribe sea digno del Edén produce que tanto las construcciones urbanísticas y las relaciones interpersonales de los sujetos se vean afectadas desde la mirada del deseo. El turista cumple un rol fundamental frente a esto, pues son los deseos de él los que se intentará materializar. La importancia de este capítulo tiene que ver con cómo los procesos globales ayudan a que las relaciones interpersonales se vuelvan más fragmentadas. La negociación que existe con el otro se formula desde ese paradigma, el global. El turismo, asimismo, también articula un discurso en que las relaciones interpersonales se cosifican.

Por otro lado, en el capítulo tres analizaré la infancia como una construcción diacrónica, planteando diferentes visiones históricas de acuerdo con cómo se veía al niño: desde la época clásica y la *elevatio*, hasta la actualidad con la sociología de la infancia. De esta forma, continuaré, mediante esta concepción de las infancias, con una reflexión en torno a la representación que éstas tienen en la novela: las infancias de sujetos de sexualidades y manifestación de géneros disidentes, aunque también cruzando violencias desde la clase hasta la raza; la construcción de estas infancias es posible mediante la constitución de comunidades afectivas en la que los sujetos representados, es decir, los niños, pueden construir y recepcionar un relato afectivo posible que, sin embargo, se ve constantemente direccionado hacia una estabilidad como la que propone el discurso hegemónico basado en la heterosexualidad. La posibilidad de creer y crear discursos de amor es la última parte de esta reflexión. A pesar de todas las transmisiones de saberes resulta que personajes como Sirena y Leocadio se articulan mediante la posibilidad de amar, y buscar constantemente un espacio en el que ellos se puedan ver representados, para poder así legitimarse.

Finalmente concluiré la tesis reflexionando en torno a la importancia que tiene la construcción de relatos que representen estas subjetividades. El ejercicio que la autora realiza al representar estos cuerpos y subjetividades hace que se abra una alternativa, dentro de muchas, en las producciones que el tópico *la gran familia* ha tenido. Considero, de esta manera, que es importante que se representen estas comunidades afectivas, pues legitiman las identidades que han sido condicionadas a espacios marginales por diferentes visiones más ligadas hacia la matriz heterosexual. Que se construyan representaciones de esta categoría permite que no se siga mitologizando sobre las sexualidades y géneros disidentes al heterosexual.



## CAPITULO I

El lugar de enunciación desde donde Mayra Santos Febres realiza sus producciones escriturales es el Caribe. Ella, como puertorriqueña y afrodescendiente, constituye su discurso considerando lo que conlleva ser caribeña en un mundo globalizado. De manera que, contextualizar su lugar de enunciación me permitirá conocer cómo se construye el mundo que describe la autora, junto con comprender, en cierto sentido, el porqué las categorías de raza, género y clase se articulan de determinada forma en la novela. En esta tesis tomaré principalmente la categoría de género y sexualidad para analizar las infancias representadas. De esta forma, es importante contextualizar el lugar de enunciación de la autora para comprender su obra y comprender desde dónde habla al momento de producirla.

Los estudios teóricos en torno al Caribe consideran toda una historia de colonización, esclavitud, diáspora, resistencia y transculturación. Así, hay que tener en cuenta que el Caribe se encuentra repleto de múltiples diferencias, me refiero a que es en este espacio donde la variedad de lenguas y la diversidad racial se manifiesta desde una gran pluralidad. El carácter diverso que encarna el Caribe se constituye mediante la amalgama y convivencia que significan estas diferencias. Así pues, esta región se convierte ante la vista de cualquier sujeto en un espacio heterogéneo, marcado por historias nacionales parecidas, por desplazamientos, tanto de cuerpos como de imaginarios, y tal proceso significa la selección y producción de nuevas prácticas culturales. A pesar de esta heterogeneidad, también el Caribe ha sufrido el peso de una forzada homogeneidad, la que se debe principalmente, a una producción mercantilizada de sus tierras, culturas y cuerpos.

A pesar de que se pueda percibir el Caribe como un espacio constituido por distintas culturas, sería simplificar la historia que hay detrás de esta pluralidad cultural. Esto en el sentido que no fue por un desplazamiento voluntario que determinadas comunidades llegaron al Caribe. Ya que tales migraciones fueron provocadas mediante el arrancamiento de personas de sus espacios comunitarios, para acarrearlos a otros lugares con el fin de favorecer una economía que beneficiaría solamente al colonizador: la esclavista. Justamente es esta historia la que no se debiera olvidar al momento de contextualizar el

Caribe. El flujo de personas que se han visto en la circunstancia de ir de un punto a otro para terminar asentadas en el Caribe: primero fueron las personas provenientes de África, debido a la decreciente población indígena que iba quedando en las islas tras la colonización, pero más tarde se incorporarían a este tránsito identidades asiáticas: chinos, indios, etc. lo que ha conducido a que se genere una nueva producción cultural que se caracterizaría, utilizando el término acuñado por Ortiz, por su transculturalidad.

## **EL CARIBE: CONTEXTO HISTÓRICO Y CULTURAL**

De acuerdo con lo antes mencionado, me parece necesario hacer referencia a las reflexiones de dos pensadores culturales que han producido diversas propuestas, a propósito del Caribe. Me refiero a la reconocida doctora chilena Ana Pizarro, como también al connotado investigador cubano Antonio Benítez Rojo, quienes a partir de sus propuestas me ayudarán a conceptualizar, a grandes rasgos, cómo se puede pensar el Caribe. Partiendo por la autora, en su texto “El archipiélago de fronteras externas” señala que las culturas caribeñas son “articuladas por trazos comunes ligados a una también común historia de colonización y esclavitud, centrada en la economía de la plantación.” (15) En este contexto, cabe señalar que las Antillas se configuraron específicamente desde una pluralidad de colonias, lo que quiero decir con esto, es que su territorialidad se disputaba entre las metrópolis europeas del momento, es decir, entre España, Francia, Inglaterra y Holanda, lo que significó que la configuración de la cultura caribeña vaya “apareciendo como un conjunto dispar, fragmentado, plural, repetitivo, a veces, de una emergente -por los tardíos procesos de descolonización sobre todo- identificación en continuo movimiento.” (16) Esto ha generado que, culturalmente, el Caribe sea complejo de analizar debido al tránsito de diferentes culturas: primeramente, por las potencias europeas, y por otro lado las diferentes comunidades africanas que fueron arrancadas de su continente: Yoruba, Mandingas, etc., sin embargo, también viene un tercer momento de migración, esta vez es de población asiática provenientes de la China o India. Debido a esta multiculturalidad que se instala en las diferentes islas, la producción cultural se irá gestando mediante los diferentes procesos de transculturación, lo que generará representaciones culturales que son propias del Caribe,

propias en el sentido que se escriben desde una la sensibilidad estética que va moldeando la identidad caribeña y en la que confluyen diferentes zonas culturales.

Dentro de esta sensibilidad estética de la que hablo, tomaré los puntos que Pizarro aborda, a los cuales ella se refiere como ejes nucleares de densidad simbólica. Uno de los ejes nucleares del aparataje simbólico que existe en torno a la cultura caribeña, y que serán pilares fundamentales al momento de producirse representaciones culturales del Caribe, tiene que ver con la trata de esclavos, la cual “implicó el sacrificio de millones de seres humanos y su efecto fue el desarrollo de las potencias europeas y las fortunas de los plantócratas locales.” (17) No obstante, así como existirá una memoria de la esclavitud también se producirá una memoria que se instalará desde la rebeldía (y es este segundo eje), pues, mediante el escape de los esclavos se configuraban sociedades de cimarrones, las cuales consistían en “grupos que huían y se instalaban en el interior de la selva en lugares inaccesibles para un extraño.” (18) El nuevo espacio en el que estas comunidades se instalan generará una nueva relación con la naturaleza. A propósito de esta nueva naturaleza se irá construyendo el espacio caribeño mediante una dualidad: por un lado, espacio de muerte debido a la economía basada en la Plantación; por otro lado, como un punto de escape y de protección, pues, es este espacio, desbordado por la selva, el que se convertirá en refugio. La naturaleza de esta manera se presenta como un espacio simbólico que se articula desde la selva y el mar, tales *locus* se constituirán dentro de la cosmología caribeña. Otro centro de densidad simbólica es el mundo religioso africano que era establecido desde la llegada de las distintas comunidades de África.

A partir de la primera mitad del siglo XX se empezará a gestar un movimiento artístico-social que llama al empoderamiento de la población afrodescendiente. El movimiento al que aludo es el de la negritud, en el que, personajes como Aimé Césaire, Leopold Senghor, etc. forman un discurso que, en primera instancia, cambia el paradigma tradicional sobre lo que se entiende por ser negro. Se comienza a percibir al apelativo negro desde una concepción positiva. Al mismo tiempo se idealiza la posibilidad de volver al continente africano. La construcción de este discurso contribuyó a la legitimación de la cultura afrodescendiente. El movimiento de la negritud que, aunque se erige como un momento liberador desde la autoafirmación de ser negro, mostraría sus falencias por su tendencia a construir identidades esenciales de los negros. Al apropiarse de la construcción que el

metropolitano ha hecho en torno al cuerpo negro, queda solamente en eso, una apropiación del propio cuerpo, sin una proyección política más allá. Uno de los primeros intelectuales y activistas que se da cuenta de esto es Frantz Fanon, quien ya en su libro *Piel negras, máscaras blancas* (1952) señala que el sujeto negro vive una alienación respecto de su cuerpo, sin embargo, él no solamente se queda con la disputa que propone la negritud, sino que intenta desarmar el paradigma del sujeto universal, proponiendo una humanidad renovada.

Otro factor importante que Pizarro rescata es el fenómeno que se da “a finales del siglo XX, como es el de las culturas de migración” (25) refiriéndose a la diáspora caribeña que existe en la actualidad. Así, las memorias generadas en el espacio caribeño determinan el imaginario de las producciones artísticas de la comunidad de la diáspora. En este sentido, la diáspora comienza a generar un diálogo desde el territorio que el sujeto habita en el presente, como también un pasado con el cual se carga. La autora reflexiona a propósito de esta pluralidad de situaciones identitarias, las que constituyen a la cultura caribeña como “identidades tráfugas, con procesos de dislocación de sujetos, saberes y lenguajes” (29).

Por otro lado, en su texto “De la plantación a la Plantación”, Benítez Rojo propone “la Plantación como parámetro para analizar el Caribe” (5) y desde aquí empezar a pensarlo. En este sentido, resulta decididor lo que el autor señala respecto a que la gran mayoría de las islas del Caribe, en especial las de colonización inglesa y francesa, no fueron colonizadas para poblarse, en estricto rigor, sino que fueron específicamente suelos para ser explotadas. Esto a diferencia de la colonización que se efectuó en el continente, en que “la plantación ejerció una influencia bastante limitada en estas grandes colonias, en las cuales primaba más el factor de poblamiento que el de explotación” (33), es decir, en paralelo al colonialismo continental, en el caso de las islas del Caribe, había un deseo de explotar el suelo más que de colonizar, y ahí vienen algunas diferencias que, aunque parezcan mínimas, resultan interesantes. Se puede percibir, según Benítez Rojo, que existen islas con mayor carga cultural afrodescendiente que otras, en tanto que en algunas islas el arribo de personas, afectadas por la trata de esclavos, fue mucho mayor que en otras debido a la economía de la plantación, pues, a mayor cantidad de esclavos mayor sería la producción azucarera. Por lo mismo, “es de suponer que los hacendados de los grandes virreinos no se sintieran demasiado vinculados a la metrópoli, como era el caso de los plantadores

esclavistas del Caribe” (34), pues estos veían el suelo caribeño como una fábrica de azúcar, no así su tierra criolla, lo que hace pensar que tales plantadores que colonizaron las islas, a diferencia de los colonizadores que poblaron el continente, estaban mucho más ceñidos a las directrices de las potencias europeas.

Siguiendo la línea argumental que Benítez Rojo entrega, el Caribe queda conceptualizado como un espacio en donde existen tanto fuerzas centrífugas, es decir que se aleja de sí mismo, como también fuerzas centrípetas, que se atrae a sí mismo. Tales fuerzas están personificadas en los conquistadores, que traían cada vez más personas en sus barcos negreros, como también, y lo habíamos mencionado más arriba, sobre la producción propia del sector mediante las comunidades de cimarrones, por ejemplo. De acuerdo con esto “el Caribe podría ser visto también como una figura de bordes difusos que combina líneas rectas y curvas, digamos, una galaxia en espiral en desplazamiento hacia ‘afuera’ -el universo- que despliega y dobla su propia historia hacia ‘adentro’” (5). La lectura que Benítez Rojo realiza del Caribe está influida por la teoría del caos, la que establece regularidades dentro del desorden. De manera tal que dentro de las significaciones que ha recibido el Caribe, se ha establecido como un espacio de encuentro y desencuentro de distintas culturas, distintos cuerpos y diferentes lenguajes. La visión que enuncia Benítez Rojo, a propósito de lo dicho anteriormente, es la de proponer justamente la identidad del Caribe desde su pluralidad, como una galaxia donde todas sus constelaciones se ven desparramadas pero que a pesar de ello se produce un tejido de redes en las que se enlazan culturalmente.

Ahora bien, siguiendo la línea de Pizarro se puede visualizar que existe una semejanza entre el Caribe y el continente latinoamericano: la historia de colonización que se ha escrito sobre estas tierras. Nuestra historia, desde mi lugar de sujeto latinoamericano, ha sido contada, analizada, estudiada, (y lo sigue siendo) día a día desde un discurso oficial que muchas veces no es el propio, pero con el que se ha debido dialogar constantemente para producir uno nuevo. Sin embargo, es necesario *recontar* esta historia, por nosotras y nosotros, tomando los instrumentos que la Modernidad fue configurando para su asentamiento, sabernos sujetos que no pertenecemos, según esa historia escrita por ellos, a esa universalidad, pero que, sin embargo, debemos lograr rellenar y apropiarnos de esos espacios vacíos que quedan entre líneas. María José Vega, en la “Introducción” a su libro

*Imperios de papel* se refiere a esta experiencia colonial que algunas naciones llevan consigo, y todo lo que significa tal hecho, de forma que señala que “El dominio imperial es, en primera instancia, de naturaleza política, económica y militar, y se caracteriza por los desplazamientos de población, la instauración o sustitución de regímenes de poder y el control del territorio.” (15). Tanto la identidad latinoamericana como la caribeña se han visto dentro de esta situación colonial, pero también han generado manifestaciones culturales que se ven permeadas por la experiencia colonial; quisiera ahora orientar esta reflexión hacia un lugar en específico, la isla de Puerto Rico, la cual se encuentra dentro de las denominadas Antillas mayores y al igual que el resto del continente latinoamericano y caribeño ha experimentado lo que significa la colonialidad, sin embargo, ha vivido una doble.

## **EL CASO DE PUERTO RICO**

Puerto Rico, al igual que gran parte de las islas del Caribe, carga con una historia colonial, sin embargo, se diferencia del resto debido a la doble colonización que ha experimentado: por una parte, la colonización del imperio español hasta la denominada guerra hispanoamericana de 1898, en la que España termina perdiendo toda su soberanía de ultramar; en el caso de Puerto Rico, queda en manos de la emergente potencia mundial de la época: Estados Unidos. En este sentido, lo que se produjo en la isla es que “fue[ra] cedida en calidad de “botín de guerra” a la nueva potencia imperial. Desde entonces se impuso la militarización de la Isla, que sigue siendo usada como plataforma de operaciones bélicas y tácticas” (Morales 99). Lo que ha producido que exista una nación sin un Estado consolidado, a diferencia de otras naciones de la región en que los Estado – nación se conformaron como repúblicas independientes. Frente a esto es que se generan diversas discusiones acerca de la identidad boricua, una de las cuales se caracterizará a través de “una definición “culturalista” de la nacionalidad que p[uede] coexistir con la situación de dominación colonial que viv[e] el país. Esto es, la definición de la nación como una “cultura”, al margen de la creación de un Estado independiente en el ámbito específico de la política.” (Sancholuz 2)

La discusión en torno a la identidad se vuelve una constante debido a la falta de una institución nacional que fuera propiamente puertorriqueña, y no ajustada desde una red colonialista proveniente de EE. UU. Ahora bien, al hablar de identidad debemos distinguir ciertos conceptos que me ayudarán a entrar en la discusión sobre lo que significa. En este sentido me apoyaré en la categorización que establece Grínor Rojo en su texto *Globalización e identidades nacionales y postnacionales--: ¿de qué estamos hablando?* (2006) en el que la identidad se configura en torno a tres ejes: el de lo singular que “es qué es lo que hace a ese individuo un ser diferente de los demás” (30), es decir, la constitución del propio yo; el de lo particular, el que está orientado hacia lo colectivo, “que para operativizarse en el escenario de lo real histórico se instala diferenciadamente en las conciencias y conductas de los individuos concretos” (31) es en este eje en donde la nacionalidad entra de lleno; y el de lo general o universal que trata sobre la identidad de los seres humanos lisa y llanamente. Teniendo esto en conocimiento, se puede decir que la identidad está atravesada por múltiples categorías, desde lo micro (la singular) hasta lo macro (la universal). El hecho de que me refiera a la noción de identidad particular es justamente debido al proceso de doble colonización que los puertorriqueños han vivido. Las experiencias coloniales en que la cultura puertorriqueña se ha generado han provocado que la conciencia y conductas de las personas se vean direccionadas hacia ciertos lugares, tales como la mantención de la lengua materna, por un lado, como también la adquisición de la nacionalidad estadounidense, etc. De este modo la identidad particular boricua se articula en relación con estas prácticas que la vinculan con una metrópolis.

Benedict Anderson, en su libro *Comunidades Imaginadas* (1993), indica a la nación como “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana” (23). El desglose de este famoso enunciado es explicado de la siguiente manera: *comunidad*, debido a que se construye desde el principio de igualdad entre los y las personas que la integran; *imaginada*, toda vez que solo se materializa en el imaginario que las personas comparten dentro de la misma nación por cuanto no pueden conocerse todos con todos; *limitada*, por su extensión reducida, y la incapacidad de abarcar a toda la humanidad; y *soberana*, ya que su origen ilustrado traslada la fuente del poder político que antes estaba signado en Dios y el rey a las autoridades que la propia comunidad asigna. Lo que Anderson propone es que a partir de las discursividades que se producen en torno a la nación se puede estructurar una

subjetividad que comparte con otros un determinado imaginario sobre ésta. En esta dirección, para lograr que se gestionen estas discursividades sobre la nación es necesaria la producción de un relato que acoja a los sujetos. No obstante, en el caso de Puerto Rico, su identidad particular recae en una suerte de paradoja, pues, aunque se produzca un relato, de fuerza homogeneizadora, no existe una institución que los legitime como es el Estado, sino que sus construcciones simbólicas se han visto constantemente bajo el yugo del colonialismo, y es en esta atmosfera con la que su nacionalidad parece siempre dialogar.

Teniendo en consideración lo anterior, es que la comunidad imaginada puertorriqueña se sustenta en base a su constitución identitaria, la que se irá construyendo a través de las diversas representaciones culturales como describiré más abajo. No obstante, y como Morales refiere, gran parte de la población puertorriqueña mira desde otro prisma el estatus político de la isla:

Para algunos puertorriqueños vivir en un país *Asociado* significa haber alcanzado el sueño americano sin necesidad de moverse de su lugar de origen. El bienestar material abarca especialmente a los grupos urbanos; no obstante, las industrias son norteamericanas, la moneda de uso corriente es el dólar norteamericano, las prácticas cotidianas están profundamente influenciadas por el modo de vida americano y los puertorriqueños viajan con pasaporte estadounidense. Por otro lado, la lengua inglesa trata de imponerse cada vez con mayor vigor, y el español de la isla recurre a infinidad de expresiones del inglés castellanizándolas. (100)

Y es que la cultura puertorriqueña se ha ido construyendo mediante esta estrecha relación que ha significado la ocupación de EE. UU. en la isla. En este contexto la identidad boricua queda enmarcada en un constante flujo desde la isla a la metrópolis y viceversa. Incluso esta visión de haber alcanzado el sueño americano sin moverse de su lugar de origen puede verse representado en el cuento “La guagua aérea” (1994) de Luis Rafael Sánchez, en que la voz enunciativa narra cómo es el viaje en un avión desde Puerto Rico a EE. UU. Lo sabroso del relato desde mi perspectiva surge en el momento en que el narrador, a propósito de una vaga conversación que mantiene con su vecina de asiento de vuelo, y le pregunta a ella de dónde es y ella responde que de Puerto Rico, a lo que el narrador preguntando de



qué parte de Puerto Rico ella responde “con una naturalidad que asusta, equivalente a la sonrisa más triunfal de las marchas (...) -*De Nueva York.*” (21) La constitución identitaria del sujeto puertorriqueño tiene que ver con este ir y venir, esta dualidad, estableciendo una identidad que también es diaspórica dentro de la metropoli.

El discurso que enuncia la compañera de vuelo despliega la constitución identitaria del puertorriqueño. No solo se establece en la isla misma, la identidad boricua, sino que, y utilizando la jerga popular, también a través de “brincar el charco”. Resulta interesante que cobre un sentido de pertenencia justamente Nueva York, lugar propio de la metrópoli, estableciendo un juego entre el puertorriqueño y la metropoli, lo que se podría considerar en palabras de Josefina Ludmer como una treta del débil, en que “la treta (otra típica táctica del débil) consiste en que, desde el lugar asignado y aceptado, se cambia no sólo el sentido de ese lugar sino el sentido mismo de lo que se instaura en él” (53), y es que en su calidad de sujeto subalternizado por ser de un territorio de ultramar de EE. UU., llamado eufemísticamente como ELA, se apropia del territorio del colonizador.

Así como la colonización de EE. UU. ha traído, en cierto sentido, un beneficio en el lado material a Puerto Rico, hay que señalar que se debió a un proceso que el invasor en primera instancia gestionó. En palabras del sociólogo e historiador puertorriqueño Ángel Quintero Rivera:

durante los primeros años de la ocupación, la política colonial se propuso desarticular el tradicional sistema de haciendas de pequeño y mediano tamaño concentrando la producción industrial agrícola en manos de grandes empresas estadounidenses, principalmente dedicadas al cultivo y elaboración de azúcar. Aunque también se invirtió capital norteamericano en la producción de tabaco, que sería el segundo productor de exportación más importante a comienzo de siglo; por su parte el café, que disfrutó de una edad de oro durante los dos últimos decenios del siglo XIX, entró en una crisis productiva relacionada con las nuevas leyes fiscales y la desarticulación de las tierras. (Quintero cit. Rothe, 230)

Esto da a entender cómo la isla de Puerto Rico, para colonización estadounidense, se configura no como un espacio para poblar, teniendo en cuenta que ya existía dentro de ella

una población, sino como un lugar de producción y explotación del suelo. Nuevamente se puede percibir al Caribe como una mercancía en los ojos del colonizador. Asimismo, la colonización u ocupación que EE. UU. ha ejercido sobre Puerto Rico ha repercutido también en su sistema simbólico. Y como primer lugar en el que se instaura lo simbólico, la lengua se convierte en un terreno en disputa; y es que a lo largo del recorrido histórico puertorriqueño se manifiesta una intención por parte de EE. UU. de establecer la lengua inglesa como la oficial, fijándose en 1905 como lengua de enseñanza. Desde ese momento hasta no hace mucho se ha venido disputando en la isla cuál es la lengua oficial. Diferentes reformas han gestionado un bilingüismo en la isla, aun así, la población parece haberse quedado con la lengua materna. En su tesis doctoral Carolina Sancholuz establece que “los hechos confirman un innegable bilingüismo en Puerto Rico, complicado además por la enorme comunidad puertorriqueña que vive en los Estados Unidos y que ha dado lugar a un particular fenómeno de lenguas en contacto como el *spanglish*, donde inglés y español se interfieren mutuamente en diversos niveles, fonológicos, sintácticos, semánticos.” (48).

En consonancia con las ideas esgrimidas más arriba, el hecho que la lengua comience a formularse como un terreno en disputa frente a la que el colonizador pretende establecer como oficial, produce que la literatura se confeccione como un lugar en el que la identidad puertorriqueña se materializa. Y es que serán los textos literarios los escenarios en los que se disputarán los referentes simbólicos, en el sentido que gran parte de la literatura puertorriqueña, en sus inicios, optará por escribirse férreamente en su lengua materna. La nación puertorriqueña se configura entonces, y como lo mencionamos más arriba, como una nación culturalista, debido a que serán las representaciones culturales el escenario donde el imaginario puertorriqueño se desplegará mediante la lengua materna, en oposición al ideario que a lo largo de la colonización de EE. UU. pretendió establecer, el de proclamar como lengua secundaria al español de la isla.

La nación de Puerto Rico, aunque no tenga autonomía en lo político, debido a su estatus de ELA, sí pretende tenerla mediante su literatura, y junto con esto en sus referentes simbólicos, estableciéndose ésta como uno de los bastiones en los cuales se productiviza y genera la identidad boricua frente a las políticas que EE. UU. ha intentado constituir dentro de la isla.

## **BREVE REVISIÓN AL CAMPO CULTURAL DE PUERTORRIQUEÑO**

A partir de la generación denominada treintista encabezada por Antonio Pedreira se comienza a reflexionar aún más acerca de lo puertorriqueño. Ya en los años 30 del siglo pasado, con EE. UU. en posesión de la isla, aparece el ensayo *Insularismo* de Pedreira en el que se aborda el tema del “qué somos y cómo nos ven”, configurando un tópico identitario hacia una búsqueda por encontrar ciertas denominaciones totalizadoras que designen lo propiamente puertorriqueño. A pesar de que se pueda percibir como un discurso que insinúa una cierta concepción totalizadora sobre la nación, lo que en realidad Pedreira genera es un discurso que proviene de su sector social, pues posteriormente a la llegada de EE. UU. a la isla, la élite comienza a decaer, debido a las políticas que el invasor establecía en la isla: la modernización de la isla en manos de industrias estadounidenses. En tal contexto es que el puertorriqueño busca diferenciarse de los invasores, cuestionarse las prácticas propias en el sentido de poder legitimarlas; en consecuencia la pregunta por la propia identidad se vuelve una práctica de resistencia frente a los procesos que el colonizador empieza a gestionar, tales como: “la instalación de las iglesias protestantes históricas para combatir el catolicismo puertorriqueño, el sistema educativo impuso el inglés como lengua de instrucción pública y las bases militares crecieron cada vez más por todo el territorio.” (Morales 99) Resulta un tanto contradictorio, en cierto sentido, que en este momento en específico los intelectuales de Puerto Rico se refugien en los valores ibéricos, anterior imperio que colonizaba la isla; contradictorio pues éstos “chose to combat one colonialism with another, and formulate their idea of the nation using racialist discourses that were in contradiction to the heterogenous racial reality of the island” (Roy-Fequiere cit. Rothe 230 -231), produciéndose así un discurso emanado de una élite específica de la sociedad puertorriqueña. Existía entonces un interés puramente económico. Me refiero que principalmente lo que se buscaba, con la producción de este discurso, era proteger los modos de producción de los hacendados criollos frente a la llegada de las industrias estadounidense. Estos intereses por salvaguardar la producción de los hacendados criollos fue uno de los factores que influyó para que no se produjera, en la misma élite, un discurso republicano sobre Puerto Rico.

Juan Gelpí en su texto *Literatura y paternalismo en Puerto Rico* (1993), hace una revisión crítica del canon literario de la cultura boricua, en la que señala que: “En el caso de Puerto Rico, la constitución del canon literario ha tenido como meta imponer un consenso, una cohesión, a través de una retórica en la cual se privilegian metáforas totalizantes que colindan con instituciones disciplinarias: la familia, la escuela, la casa.” (5) Es así como la familia será uno de los tópicos recurrentes a la hora de representar la realidad de Puerto Rico. Gelpí describe tal tópico como “la concepción metafórica de Puerto Rico como una gran familia, noción que sostuvieron los hacendados puertorriqueños a fines del siglo XIX en su lucha por separarse del poder español. Esa transformación metafórica del país en gran familia podría constituir el equivalente puertorriqueño de las ficciones fundacionales (...) se trata de una *representación* mediante la cual los hacendados presentaban sus propios intereses como si fueran los intereses de todos los puertorriqueños.” (64 – 65) A partir de esta noción totalizadora de la identidad puertorriqueña es que se configuran ciertas lógicas de exclusión en relación con quiénes son los miembros que componen esta gran familia que tiene como característica principal una hispanización, en respuesta a la colonización de Estados Unidos. De modo que se ha dado “the emphasis on the patriarchal family man, whiteness, and heterosexuality, minorities remained excluded from national projects as agents of their own culture.” (Gabiola 90)

El discurso que se articula en torno a la identidad adquiere un sentido patriarcal tras la consolidación de las estructuras hispanistas, es decir, el padre de familia como figura central, de fe católica, sin embargo, situado en el sujeto popular puertorriqueño: el jíbaro. En este sentido, y como dice Hall:

La lógica del discurso de la identidad asume un sujeto fijo; es decir, hemos asumido que hay algo que podemos llamar nuestra identidad lo cual, (...) tiene la gran ventaja de aún permanecer. Las identidades son una clase de garantía de que el mundo no se deshace tan velozmente como a veces parece. Son una especie de punto fijo del pensamiento y del ser, un fundamento de la acción, un punto aún existente en el mundo cambiante. (339)

Sin embargo, todo discurso invisibiliza otro. Lo mismo pasa con la creación de metáforas totalizadoras (como la familia, por ejemplo) o sujetos que pretenden ser universales, dentro lo que significa ser puertorriqueño (el jíbaro).

Ana Lydia Vega, escritora puertorriqueña, forma parte de los escritores que constantemente reflexionan en torno a la identidad boricua. De este modo, ella señala que existe una “maldición de Pedreira” con la que los y las escritores han tenido que lidiar. La reiterada necesidad de crear una ficción fundacional, estando siempre presente el ensayo de Pedreira: “Por eso, la historia que deseamos, que soñamos, que inventamos y falsificamos los escritores puede, de alguna extraña manera, colmar las expectativas de un público tan sediento de epopeya como privado de referencias historiográficas concretas.” (17) Estos tópicos escriturales se han vuelto un punto de innovación al momento de escribir, por ejemplo, surgen nuevas miradas sobre *la gran familia puertorriqueña*. Comienza a generarse una producción escritural que intenta enunciarse desde otro prisma, dialogando de manera distinta el canon literario mediante nuevas representaciones de sujetos marginalizados, nuevas formas lingüísticas, etc. Gelpí dice sobre esta nueva corriente de escritura puertorriqueña, que intenta dislocar las anteriores voces canónicas, que “romper con el canon equivale a salir de la casa, a emigrar de manera literal o figurada, y, de cierto modo, a unirse a la diáspora. Dicho de otro modo: romper con ese canon equivale a hacer una especie de viaje de la cultura letrada a la “popular”” (188 – 189). Lo que se puede concluir de este recorrido es que ante la ausencia de un Estado – nación, y con ello de un relato nacional fundante, es mediante representaciones culturales que se busca aunar la identidad de la isla; uno de los lugares de producción artística que desarrollarán estas representaciones es la literatura. La institución de la literatura se erige entonces como un espacio en que el entramado de poderes se materializa, y en este sentido frente a la situación colonial de la isla, “la literatura, como práctica discursiva social específica, puede designar, a través de la ficción, la polémica, el ensayo, los puntos de conflicto presentes y proponer representaciones de la identidad puertorriqueña.” (Sancholuz 10)

El nuevo colonialismo que Puerto Rico experimenta frente a la invasión de EE. UU., y la constitución de ELA en 1952, fue un período de modernización un tanto forzado y repentino. La llegada de nuevas industrias estadounidenses como también la apertura económica de la isla, hizo que la ciudad se modernizara urbanísticamente, así como

también se expandiera un nuevo entramado simbólico que difería al principio de lo tradicionalmente puertorriqueño. Esta experiencia de una colonización progresiva hizo que se desplegara un discurso que pretendía defenderse culturalmente del “agringamiento”: “tal proceso también pus[o] en evidencia que la identidad cultural boricua estaba sufriendo una embestida aculturadora por parte de la metrópoli, y que ésta tuvo como respuesta el nacionalismo cultural boricua de las clases intelectuales, donde los escritores (poetas, narradores, ensayistas y dramaturgos) constituyeron la resistencia desde la literatura” (Jaimes, 47), una de esas resistencias tiene que ver con el ámbito lingüístico, pues, las y los artistas e intelectuales de la isla vieron en la lengua materna, es decir, el español, un espacio de disputa cultural; será el español, y su mantenimiento, un lugar para atrincherar las políticas lingüísticas que el invasor pretendía establecer al momento de asentarse en la isla. Escritores, de la segunda mitad del siglo XX, como Ana Lydia Vega, Luis Rafael Sanchez, Ángel Lozada, entre otros, apostarían por producciones escriturales direccionadas más hacia la sátira, la burla y el humor. De este modo se percibe un cierto cambio de tono, frente a las anteriores voces que estaban teñidas por una desazón y angustia tras la dominación de EE. UU. Esto traerá consigo que se instale en el sistema literario de la isla narraciones en la que se incorporan nuevos registros lingüísticos como el *spanGLISH*,

la hibridación de la sintaxis de una lengua con los vocablos de la otra constituye la clara expresión de una cultura que no es la que el colonizador quiso imponer (...) producto del impacto de una cultura que pretende ser hegemónica con otra que tiene un acervo cultural de tal magnitud que pudiera terminar generando un contraflujo de gran impacto hacia la cultura del colonizador. (Jaimes 57)

La condición que Puerto Rico adquiere como ELA, provoca que se facilite un desplazamiento de puertorriqueños hacia el continente. La migración de la isla a EE. UU. termina produciendo una comunidad dentro de la metrópolis. El asentamiento de la comunidad puertorriqueña comienza a elaborar nuevas prácticas que inciden dentro de la identidad boricua. La identidad de los sujetos de Puerto Rico, entonces, se articula también desde este desplazamiento y asentamiento. La diáspora puertorriqueña imprime también una experiencia que incide en la producción de la propia identidad. En relación con lo

anterior, la metáfora totalizadora de “la gran familia puertorriqueña” se comienza a expandir, ya no solamente se manifiesta desde su condición de “insularidad” como Pedreira en su momento enunciaría, sino que ahora la producción discursiva se caracterizaría también por la experiencia de migración y establecimiento de una comunidad fuera de la isla. Es cuando el dicho popular de “brincar el charco” cobra relevancia, pues, significa llegar a ese otro Puerto Rico que se instala en la metrópoli: Nueva York o Miami sería los principales lugares que la diáspora boricua encontró para instalarse.

La identidad particular del sujeto puertorriqueño la percibo desde lo señalado por Stuart Hall, que “en lugar de pensar en la identidad como un hecho ya consumado, al que las nuevas prácticas culturales representan, deberíamos pensar en la identidad como una “producción” que nunca está completa, sino que siempre está en proceso y se constituye dentro de la representación, y no fuera de ella.” (349) Ver la identidad en constante movimiento ayuda a no caer en la simplificación de una esencia. Los factores socioculturales con los que cualquier identidad particular se ve enfrentada tienen una clara incidencia al momento de representar la propia identidad. El tránsito que existe en el sistema literario boricua es de amplia gama, en que las relaciones de poder que se dejan entrever por su condición neocolonial, o por su estatus político de ELA, están en constante discusión, y es que la producción cultural puertorriqueña, como hemos mencionado ya, se articula desde un espacio de enunciación en que el diálogo constante entre nación y metrópoli está siempre presente.

### **MAYRA SANTOS FEBRES: DE MARGINALIDADES FIJAS A MARGINALIDADES MÓVILES.**

La aparición de Mayra Santos Febres aparece en el sistema literario puertorriqueño una generación más tarde que los escritores ya señalados: como Ana Lydia Vega o Luis Rafael Sánchez. Su presencia significa una irrupción dentro de este sistema, pues, se ha caracterizado por dislocar las relaciones de poder, poniendo siempre en el ojo la interseccionalidad: la raza, el género, la clase, la edad, etc. Y es que justamente su lugar de enunciación la llama a hacerse cargo de temas que los que se apropia, diciendo en ocasiones que: “Yo no creo en marginalidades fijas, quizás porque pertenezco a varias.”

(Morgado, 2000) Como mujer, afrodescendiente y caribeña, es consciente de lo que significa que el cuerpo cargue con una determinada historia de violencias, y justamente a partir de ellas es que confecciona sus creaciones literarias. Parece dar constantemente una vuelta a los paradigmas hegemónicos que se han construido desde el canon. Desde su posición como intelectual y como artista se ha convertido en una escritora que desafía tales paradigmas, deconstruyendo los espacios, los roles, los deseos y los cuerpos.

Es interesante ver cómo se articula el trabajo que Mayra Santos Febre ha producido, pues no solamente han sido las letras el lugar desde donde ella ha generado espacios de reflexión, sino que también su labor como gestora cultural le ha valido reconocimiento: me refiero al Festival de la Palabra, el cual se lleva a cabo en la capital de Puerto Rico. Y es que han sido varias las distinciones con las que se ha coronado a Santos Febres, por nombrar algunas: su poemario *Anamú y manigua* (1990) con el que es galardonada con el premio de poesía de la Revista *Tríptico* en Puerto Rico en 1991; su libro de cuentos *Pez de vidrio* (1994) que fue ganador el mismo año del premio Letras de Oro, además, uno de los cuentos que forman parte de *Pez de vidrio*, “Oso blanco”, sería ganador del premio Juan Rulfo de cuentos en 1996; la aparición de su primera novela *Sirena Selena vestida de pena* (2000) haría que quedase como finalista del premio Rómulo Gallegos el año 2001. Tales distinciones también le han servido como carta de presentación al momento de validarse en el campo literario, de hecho, ha sido una figura primordial para el campo cultural puertorriqueño, pues, se ha consagrado como una de las escritoras que ha permitido la emergencia de escritores jóvenes a través de la edición de dos antologías de *Mal(h)ab(l)ar: antología de nueva literatura puertorriqueña* (1997) y *Cuentos de oficio: antología de cuentos emergentes en Puerto Rico* (2005).

Teniendo esto en cuenta se puede percibir que la escritura de Santos Febres es prolífica en distinciones, pero también en producciones. Su compromiso con los grupos marginalizados ha hecho que la escritura puertorriqueña se diversifique y junto con ello, que el sistema de representaciones tenga componentes nuevos. Daniel Torres, establece que la erótica que ha producido la autora es la de “cuestionar permanentemente los roles sexuales en el límite” (105), y es que es precisamente en ese ejercicio en el que Santos Febres nos hace entrar al momento de leer su erótica escritural, el cuestionamiento constante, y no solamente de los roles sexuales, sino de toda la interseccionalidad que puede recaer en un cuerpo. En este



sentido, rompe con la tradición escritural que Puerto Rico ha mantenido, pues ella no se limita a contar historias de sujetos marginalizados, sino que cuestiona y problematiza, y lo hace desde un lugar de enunciación en el que ella también se siente parte, un núcleo de sujetos y sujetas que han sido marginalizadas por un centro hegemónico que los eyecta: travestis, drogadictos, esclavos y esclavas, afrodescendientes, entre otros, son los personajes que la autora se ha dedicado a representar en su vida escritural.

El despliegue de representar nuevos cuerpos y subjetividades en su producción literaria hace que se desarticule tópicos como el que mencioné anteriormente, el de *la gran familia puertorriqueña*. La mirada con la que Mayra elabora su discurso produce que se salga de lo que autores anteriores habían propuesto. Discursos que tienen que ver más con la nostalgia o pesimismo marcado, como Rosario Ferré, Edgardo Rodríguez Juliá, por nombrar algunos. La nueva narrativa, en la que Santos Febres participa, hace que se produzcan nuevos discursos situados, los cuales la autora, como señala Luis Díaz a propósito de generaciones anteriores, “reconoce cómo los criterios y modos de proceder de estos escritores y sus personajes sostienen aspectos ya desplazados por las nuevas políticas de registros globalistas y postcoloniales presentes en nuestra cultura finisecular, tan sorpresivamente distinta.” (s.pp.)

Mayra, que está dialogando con *la gran familia*, elabora un discurso desde una concepción más horizontal frente a la verticalidad con la que es enunciada el tópico. Justamente tal rasgo funciona para dislocarlo, pues la familia que Mayra articula está fragmentada, y la forma de relacionarse ya no es mediante una verticalidad, como es en la convencionalidad del tópico, sino que mediante una horizontalidad entre sus miembros. Teniendo en cuenta el contexto en el que se funda el tópico, el que hizo que se tomara como referencia el antiguo sistema hispánico de familia con la marcada presencia del padre como detentor del poder. Mediante esta discursividad la élite puertorriqueña buscaba mantener su estatus de poder frente al resto de la sociedad, ante la invasión de EE. UU. No obstante, la autora en la producción discursiva de su obra, también se enfrenta con la imposición que el neocolonizador establece a través del “sueño americano”.

El sistema neoliberal en el que la autora vive se encarna en la concepción que los sujetos tienen de sí mismos en función de la premisa de crearse a sí mismo. Sin embargo, no lo hace desde una posición acrítica, sino que rearma, desde aquella horizontalidad con la que

desarticula a *la gran familia puertorriqueña*, una nueva verticalidad que está asumida en las nuevas relaciones de poder que en la actualidad se establecen, tanto que “Mayra Santos no tiene por qué agredir ya tanto al padre blanco de la "hacienda nacional" (el cual es ya fantasmático) sino al hombre-blanco-poder-heteronormativo de la horizontal y despersonalizada cultura contemporánea.” (Díaz, s.pp.)

Esta visión con la que Mayra va construyendo a esta nueva *gran familia puertorriqueña* desarticula a la tradicional. No solo desde la composición jerárquica, sino que también, los integrantes que la componen se ven constituidos por ser de sexualidades y manifestaciones de género disidentes a la heterosexual, por ejemplo. Específicamente hablo de la primera novela de la autora *Sirena Selena vestida de pena* en la que los personajes no forman parte del sistema de sexo – género. De esta manera, Mayra desafía el tópico al proponer una concepción alternativa al modelo de *la gran familia puertorriqueña* a partir de una composición más heterogénea y diversa, en tanto que las familias representadas no son parte del relato heterosexual y patriarcal con el que el tópico se ha visto caracterizado. La identidad boricua se diversifica, y pone en movimiento, con la representación de sujetos y sujetas, que no han sido tan representados, en la mayoría de los casos, al momento de escribir la casa que significa Puerto Rico.

## CAPITULO II

El contexto de producción de la novela *Sirena Selena vestida de pena*, es el de un sistema económico que se caracteriza por profundizar las relaciones transnacionales, debido a determinados procesos globales. También la creciente producción de un imaginario sobre el Caribe ha contribuido a que se concentrara una industria del turismo y del ocio que ha provocado un moldeamiento de éste hacia una simulación de paraíso. Por esto es importante situar la obra dentro de un contexto histórico determinado, el que es también es representado en ella. En este sentido, la novela también representa un contexto en el que pareciera que se configurara una especificación comercial a través del territorio. El Caribe es mirado, mediante esta óptica, como un fetiche que hay que consumir. Las relaciones interpersonales de acuerdo con esto se ven afectadas pues existe una transacción de por medio ¿hasta qué punto la globalización contribuye en la construcción identitaria? ¿El turismo provoca, en ocasiones, que el deseo del turista justifique los medios, ante la cosificación de los sujetos caribeños? ¿Es importante acaso dilucidar la constitución de los procesos globales para entender las relaciones entre los sujetos?

### LA GLOBALIZACIÓN Y LOS CIRCUITOS DEL CAPITAL

Se puede visualizar que entre las décadas de los setenta y ochenta del siglo XX comienza a percibirse un cambio de paradigma orientado más hacia la conectividad del globo en su totalidad. Crear redes para que tal conexión fuera efectiva tuvo relación con la revolución tecnológica en temas de transporte y telecomunicación. Esto permitió que el flujo, tanto de personas como de bienes, fuese posible de manera mucho más rápida. Sin embargo, no se puede apreciar este recorrido desde un prisma superficial donde todo parece estar de lado del progreso mundial, ya que tal proceso de conectividad develó nuevas relaciones de hegemonía, me refiero a la consolidación de empresas transnacionales que comenzaron a asentarse en diversos puntos del globo. Este cambio de paradigma también influyó en que

se comenzaran a poner en pie ciertos procesos modernizadores en regiones que eran categorizadas como subdesarrolladas en comparación con países metropolitanos del viejo continente junto con la potencia industrial del norte, Estados Unidos. Así pareciera ser que la entrada al nuevo siglo iba a ser comprendida desde la conexión global.

A primera vista todos estos procesos están direccionados hacia una visión ideológica específica, ligada más hacia el aspecto económico que el social, teniendo en cuenta que es precisamente en este contexto histórico donde se comienza a experimentar el auge del neoliberalismo en la mayoría de los países de la región de Latinoamérica. Esto significa que existe una determinada idea de la labor que puede ejercer el Estado, mucho más limitada, y en que la consigna principal de la economía liberal “*laissez faire et laissez passer*” (dejar hacer y dejar pasar) parece ser retomada, pero en torno a la tarea que el Estado debería ejercer. El Estado, entonces, perdería cualquier protagonismo que pudo haber tenido otrora. Así, mediante esta consigna él dejaría hacer y pasar, en otros términos, la mano invisible del mercado. Lo privado comienza a tomar un papel fundamental en detrimento de lo estatal.

De acuerdo con lo anterior, la modernidad como tal, en este contexto se configura en una modernidad tardía, y en su manifestación provoca que llegue hacia una cierta parte de la población y no a su totalidad. En relación con esto, tal proceso resulta contradictorio con lo que significa modernidad como práctica y retórica emancipadora, y en este sentido, es interesante pensar, entonces, la modernidad ya “no como un agente que otorga libertad, sino como un[o] (...) que pone en movimiento ciertos conflictos y que está constituido a su vez por esos conflictos.” (Pratt, 22) La modernidad tardía, en este sentido, como proyecto en constante construcción parece anclarse también dentro de los procesos globales.

Toda palabra tiene una connotación que se despliega en su carga semántica. Globalización, no queda exenta de esta relación, y aunque a simple vista parezca un significante inofensivo, habría que preguntarse respecto al proceso en el que se lleva a cabo, sus consecuencias y las directrices que fluyen en torno a este proceso ¿Quiénes son las y los sujetos que participan de la globalización? La respuesta puede resultar ya conocida, me refiero al hipotético caso que cambiara la pregunta y ahora estuviera orientada en torno a la modernidad; resultaría que no todas las personas experimentarían el proyecto moderno,

sino que, al contrario, se comienzan a constituir espacios fuera de la modernidad (o de la globalización). Pratt, a propósito de la reflexión que estoy estableciendo, señala que: “El término globalización suprime el entendimiento, y hasta el deseo de entendimiento. En ese sentido, la globalización funciona a menudo como una especie de falso protagonista que impide una interrogación más aguda sobre los procesos que han estado reorganizando las prácticas y los significados” (14), ya que no se tienen en cuenta los cambios que se van efectuando en torno a las relaciones interpersonales, sociales, simbólicas y materiales, sino que, se termina privilegiando lo que significaría la conectividad para determinados grupos económicos transnacionales.

A grandes rasgos la globalización se instaura en un conjunto de vectores que direccionan su matriz ideológica; serán entonces estos fundamentos los que configurarán cambios socioculturales y económicos a escala mundial: una apertura de la economía en un sentido transnacional, es decir, proyección de flujos financieros que terminan concentrando la riqueza material; “la pérdida de poder de los Estados nacionales y la emergencia de las burocracias globales” (Cicalese 81); la denominada “tercera revolución industrial” basada, principalmente, en relación a la producción y el consumo de las nuevas tecnologías (de comunicación, de transporte, como también la de carácter informático); concientización en torno al cambio climático que es dotada de un discurso ecologista.

En relación con lo antes expuesto, se evidencia que esta finalidad de globalizar el orbe resultaría a medias, o bien, sería un proceso inconcluso, esto debido a que a medida que se construye el espacio globalizado no todo el orbe se incluye dentro de esta globalidad. No todos pueden experimentarla. De modo que, “la globalización ha sido acompañada por una *desglobalización*, por procesos de aislamiento. Los mercados se abren y crecen, pero también se cierran y se concentran” (Pratt 15) generándose lugares en los que la conectividad no se materializa, sino que, al contrario, parecería ser que quienes no comparten la experiencia de la globalidad no entrarían en lo que significa el mundo. Ahora bien, los que entrarían a jugar en el tablero del orbe son quienes en este contexto histórico ostentan la hegemonía, basándonos en términos de acumulación de capital, me refiero a las denominadas industrias transnacionales.

La globalización, se ha caracterizado por, como ya hemos venido anticipando, una reestructuración en las formas de producción, pues:

Es la revolución tecnológica la que determina en buena medida el cambio de paradigma productivo y las nuevas formas de ordenamiento industrial denominadas posfordistas (...) Actualmente las nuevas formas de producción se encuentran descentralizadas y adquieren un carácter flexible, donde es común que se fraccione territorialmente las etapas de armado de un bien de acuerdo a las ventajas locales. Asimismo, los bienes finales ya no responden a un patrón estandarizado, sino que se fabrican en forma diferenciada, de acuerdo al espectro de preferencia del mercado (Cicalese 82)

Lo que produciría este fenómeno se concretiza mediante las nuevas relaciones de poder que se generan entre las naciones que integran el gran mercado mundial. Emilio Pantojas, en su artículo “De la plantación al resort: el Caribe en la Era de la Globalización”, señala, a propósito de estas nuevas relaciones del mercado, otrora visualizadas como “países centrales” junto a “países periféricos”, que debería denominarse estas relaciones globales de distinto modo, proponiendo llamarlas, por un lado, “circuitos de capital central” y por otro “circuitos económicos periféricos”. Lo que señala el autor, al proponer esta categorización, es que las relaciones económicas que se establecen por un lado y por otro, harían que las producciones de los circuitos económicos periféricos se mantuvieran dentro del sector primario. Mientras que los países centrales, en su gran mayoría, sino en su totalidad, tienen un desarrollo industrial mucho mayor que los países subdesarrollados. A pesar de ello, los desplazamientos que las industrias transnacionales han establecido terminan generando que los circuitos de capital central, enmarcados en una profundización de los procesos globalizadores, se vean afectados de igual manera. Aun así, es interesante darse cuenta de que, en el mercado mundial se establecen rutas del dinero, donde muchas veces las producciones de los circuitos periféricos terminan llegando hacia las centrales para su consumo. De este modo, la globalización al producir una especialización en la economía mundial provocaría que las relaciones de intercambio entre ambos circuitos no

sean equitativas, de forma que tal desigualdad “representa una transferencia de riqueza de los circuitos económicos periféricos hacia los circuitos centrales de acumulación de capital” (89).

En consecuencia, son las empresas transnacionales las que serían entes móviles dentro esta economía globalizada en tanto que “se mueven a través del globo en busca de bajos salarios y promueven la emigración -o se toleran ciertos niveles de emigración ilegal-, como manera de mantener las tasas de salarios bajos en algunos circuitos de producción.” (87) Las transnacionales, entonces son las que facilitarían esta cosmética del discurso del subdesarrollo, pues, la relación de centro-periferia seguiría presente a pesar de los principios de la globalización, en tanto que la experiencia globalizada debería ser extendida hacia una totalidad de personas, ergo, “la nueva economía global ha creado espacios económicos donde coexisten la pobreza y el atraso con la opulencia y la modernidad postindustrial.” (87)

A través, de estos ires y venires, es la volatilidad de la economía en la globalización la que produce que habitemos un mundo que está en constante flujo. Pratt, nos dice que “las personas que “fluyen” son aquellas que han *tomado decisiones* de ir o de regresar, de arriesgarse, emanciparse, o que han sido *enviadas o reclamadas* por otros como parte de estrategias pensadas, aunque a veces desesperadas. Al hacer invisible la intervención humana, el flujo saca de juego la dimensión *existencial* de las movilidades, la cuestión de cómo se está viviendo la globalización.” (20, cursivas de la autora)

En el mundo actual muchas veces se instala una determinada idea sobre la economía, lo que provoca que las demás visiones, como la social o cultural, se vean limitadas por estar subsumidas en un marco más economicista. Lo que señalo con esto es que los referentes que se toman para el cotidiano vivir tienen que ver con el empresariado, con la oferta y la demanda, entre otros, que influyen al momento de relacionarnos con el resto de la población. Esto queda explicitado cuando no se pone el prisma sobre las cuestiones que incitan a que las personas deban muchas veces partir de su punto de origen hacia otro lugar, y solamente se responda a estos procesos en términos económicos. Las relaciones de poder que se producen entre los países que se han denominado centrales frente a los periféricos, parecen establecerse dentro de una premisa de no reconocer al otro. Me refiero a visualizar al otro, es decir al migrante de países periféricos, como un intruso; a propósito de los

desplazamientos migratorios que se producen en la globalización. De esta forma, se olvidan muchas veces los procesos socioculturales que han motivado los desplazamientos de personas de un lugar a otro. Se olvida por qué se ha productivizado un discurso que ha materializado un anclaje en lo que significa un lugar mejor. Frente al lugar que estas personas, que muchas veces pertenecen a centros económicos periféricos, han habitado. Esta nueva etapa del capitalismo, que ha alimentado imaginarios respecto a abrir espacios o crear sueños, se ve truncada por la misma cerrazón política y económica que viven ciertas localidades del gran orbe.

## **EL TURISMO Y SUS INDUSTRIAS**

Si en la época de la globalización se puede constatar que existe una especialización de la actividad económica de acuerdo con las potencialidades que puede tener un territorio específico, es interesante visualizar que tal especialización en el caso del Caribe va de la mano con las industrias del servicio y el ocio, como viene a ser la del turismo. Ahora bien, y como se expuso anteriormente, habría que hacerse esta interesante pregunta ¿Quiénes son los sujetos que pueden disfrutar, o consumir, esta actividad? O mejor dicho ¿Quiénes son principalmente los turistas? Parece ser, nuevamente, que no todas las personas del mundo pueden tener esa experiencia. En este sentido, “la diversidad de factores para definir el “potencial turístico” de un territorio, también revela los signos de las tendencias del turismo como fenómeno global. Los múltiples intereses y la divergencia de “atractores” suponen rasgos característicos de la diversidad de “lo que busca el turista.” (Filardo 198) El turismo parece configurarse en torno a los deseos y gustos que pueda tener el sujeto que viaja. Mediante esta premisa se puede leer también que se constituye un nuevo cuerpo, el del turista, que nace a partir de las “necesidades” que éste trae consigo, a propósito que se presupone que todo turista pretende escapar de su ambiente cotidiano, y enfrentarse a un espacio más de relax y contrario al del trabajo. En la mayoría de los casos, y no en su totalidad, el sujeto que se construye mediante estas nuevas disposiciones tiene cara blanca, en tanto que quienes mayoritariamente experimentan esta actividad económica, o quiénes



son sus “lectores ideales”, en una analogía en torno a la teoría de la recepción, son personajes que se desenvuelven en los sectores desarrollados del orbe: europeos, estadounidenses, los denominados primermundistas.

El turismo, de esta manera, al constituirse como una nueva actividad económica enraizada en el Caribe, irá configurando nuevamente una relación de intercambio con los países metropolitanos o desarrollados. Intercambio en tanto que, así como se entrega un producto en torno al ocio o al servicio, también como retribución hay un flujo de capital. Ahora bien, resulta interesante reflexionar acerca de esto, pues a simple vista se puede suponer que el turismo generaría una gran ganancia para el Estado nación que lo acoge. Sin embargo, en muchas ocasiones no es del todo así, pues la mayoría de los productos con los que la industria turística se sostiene, resultan ser de origen importado. Esto considerando que las grandes cadenas de hoteles, por ejemplo, que se logran asentar en el territorio caribeño resultan ser cadenas transnacionales que en su mayoría son de procedencia de países desarrollados. Lo que señalo con lo anterior es que la mayoría de los productos que las cadenas turísticas utilizan son de procedencia transnacional.

Cabe señalar, entonces, que la industria del turismo, específicamente la del Caribe, se configura nuevamente mediante relaciones neocoloniales con los países desarrollados. Tal y como señala Emilio Pantojas, en su texto ya referenciado, a propósito del desplazamiento que se experimentó en torno a la actividad económica del Caribe, la que configuraría estas nuevas relaciones coloniales, caracterizándose por tres momentos específicos, los que transcurren desde “el desplazamiento del eje de crecimiento económico de la agricultura (que dominó hasta la primera mitad del siglo XX), hacia la manufactura (desde la segunda posguerra hasta finales del siglo XX), y a los servicios internacionales (las nuevas “industrias” del ocio y entretenimiento), mantiene inalterada la relación económica centro-periferia” (84). Las relaciones de poder que se han establecido, en un código colonial, se han caracterizado por la explotación tanto del suelo como de la gente que habita el espacio caribeño.

Deavila en su artículo “Las otras caras del paraíso: veinte años en la historiografía del turismo en el Caribe 1993 – 2013”, sostiene la tesis, que Pantoja también comparte, de que existe una analogía entre la gran empresa esclavista que sustentaba económicamente al

Caribe, es decir, el de la plantación, con la actividad económica actual del turismo. Algunas semejanzas que se establecen en torno a esta analogía es la de las relaciones de neocolonialismo, articulándose prácticas que tienen que ver con una replicación del modelo esclavista, en tanto que las relaciones que se establecen entre los turistas y las personas del sector turístico tienen un acento desde el servicio: los turistas ven a las personas que habitan el lugar como personas que les sirven a ellos; siguiendo esta línea se puede ver también que existe una racialización de las personas, en la manera que se intenta blanquear muchas veces las zonas turísticas desde el ámbito laboral, lo que quiero señalar es que el personal visible de la industria hotelera, tienden a ser personas muchas veces más blancas que las demás del país: mientras más visible, para el turista, más blanco; de acuerdo con lo anterior, es posible sostener que el turismo es como el “nuevo azúcar” del Caribe, y así como la Plantación tendía a cooptar todos los espacios, algo parecido sucede con la industria turística. Así el autor sostiene que:

el hotel, por ejemplo, al igual que la plantación, se sostiene a base del capital extranjero, busca influir en el poder político de su entorno con tal de proteger su inversión, absorbe las mejores tierras de la isla, limitando la producción agrícola y generando dependencia de la importación, y administra el mercado de trabajo a su antojo, sobreexplotando la fuerza laboral y generando desempleo debido a sus ciclos económicos irregulares (81-82)

El territorio de cada nación del Caribe se vería reestructurado en una dirección que buscaría los ideales que la industria turística desea construir: “de igual manera que un territorio se “construye”, en relación con el turismo, es modificado e influido por él. Es posible entonces hablar de una relación dialéctica entre el territorio y el turismo, los efectos que devienen de su ocurrencia.” (Filardo 198) La constitución del territorio caribeño, que en un tiempo pasado era construido con grandes casonas coloniales, ahora se iría armando con grandes cadenas hoteleras, en este sentido, “al Caribe se le asigna el rol de centro de entretenimiento en el nuevo orden global. Se trata del paso de la “economía de plantación” a la “economía del resort”.” (85) En consecuencia, parece seguir generándose un discurso

económico basado en la explotación, pues, la significación de un territorio determinado se logra desplazar hacia una concepción que va desde un *locus* de producción a un *locus* de consumo. Este desplazamiento de la actividad económica llama la atención pues, tal transformación que el territorio caribeño experimenta se manifiesta no solo en la proliferación de grandes cadenas hoteleras, sino que también en el discurso que se va construyendo sobre este sector turístico. El imaginario hegemónico con el que el Caribe es escrito se ha institucionalizado mediante el turismo que, a través de la caracterización de lo idílico, se termina por conformar como un paraíso materializado en grandes cadenas hoteleras transnacionales. Aquí, en el Caribe, parece no existir el tiempo, ni los problemas, ni el cansancio. “Uno de los impactos que eventualmente produce el turismo tiene que ver con las modificaciones en relación con la significación que, de los territorios, construyen sus habitantes y con el enfrentamiento sistemático que el contacto con “otros” -extranjeros, ajenos, “turistas”- producen sobre éste.” (Filardo 199)

El turista viene para su relajó y diversión. La actividad del turista se configura en torno a determinadas prácticas y lógicas que irán constituyendo al sujeto turístico dentro de un juego en el que él será el principal intérprete. El turista se construye a partir de su paseo, tanto como de su deseo, por descubrir nuevas experiencias. De acuerdo con ello, la actividad turística parece instituirse dentro de un relato ritual, y

al referirnos al turismo como un ritual, y en específico a un ritual de paso, se predispone a observar cómo el turista emplea su tiempo en actividades especiales, la cronicidad de la vida, la vuelta a la niñez (el turista se comporta como un niño, “juguetea” con lo que se le ofrece), la idea de ser una nueva persona (re-crearse, volverse a crear) y, en suma, considerar el ritual de paso del turista, física y temporalmente separado, como un modelo (aunque con particularidades) de cómo aparecen *breaks*, es decir, rompimientos rituales en la vida de las personas. (Lagunas 74)

La ritualidad con la que se ha construido la entretención, en un complejo turístico asentado en el Caribe, tiene relación con la accesibilidad que el entramado de la industria hotelera pone a disposición para que el turista logre desenvolverse en función de sus propios deseos. Me refiero a que el turismo construye una territorialidad que se articula determinadamente en función del deseo que el turista pueda manifestar. En este sentido, y como se puede suponer, la amplitud que existe en torno a la producción de los deseos, en tanto que un sujeto puede desear cualquier cosa, independientemente de la moralidad del entorno, es infinita.

De este modo, el turismo al ser una industria que se caracteriza por tener como finalidad un sentido más de servicio y de ocio, se puede establecer, de acuerdo con Pantoja, que también existe otro entramado de relaciones de poder que se escenifican en esta actividad económica como por ejemplo la “industria del pecado”. Así esta industria se caracterizaría por incluir prácticas como la prostitución, el tráfico de drogas, el lavado de dinero, el trabajo infantil, etc. El turismo entonces no solo se configura desde la perspectiva simplista de ir a conocer un lugar diferente al cotidiano para atravesar un cambio personal y experiencial, sino que también tiene que ver con moldear territorios en torno al deseo del turista. De esta manera, la producción de un imaginario acerca del Caribe provoca que se constituya una homogeneización en las industrias turísticas caribeñas, y como señala Pantoja “la tendencia es a la homogeneización del “producto”: sol, arena y playa a un precio competitivo (todo incluido)” (91), sin embargo, David Lagunas, en su texto “El poder del dinero y el poder del sexo: antropología del turismo sexual” propone otro rasgo que se incluye en este set de características que construyen al Caribe: “tradicionalmente el sexo ha sido incluido en el paquete turístico de las cuatro “s”: *sun, sex, sea and sand*. Estas variables ya no son estáticas y se recombinan entre sí o con otras variables.” (75)

El turismo, particularmente en el Caribe, va configurando determinados discursos de poder para su propio beneficio, en detrimento de lo sociocultural. Me refiero que el imaginario que productiviza el turismo tiene que ver con la explotación de espacio ocupado, así como en su momento lo hicieron con la llamada maquinaria de la Plantación. Existe en la actualidad una conformación de la territorialidad en torno a lo que es el turismo, y me refiero a lo que las grandes industrias hoteleras transnacionales han generado en favor de

sus grandes acciones monetarias y no para beneficiar a los llamados países subdesarrollados del Caribe. De acuerdo con lo que Lagunas señala respecto a estas fuerzas discursivas que significarían tales industrias, cabe decir que: “El turismo no es la panacea, también genera más desigualdades en la distribución de riqueza, refuerza y perpetúa los estereotipos sobre otras culturas, y camufla las realidades socioeconómicas de los anfitriones, especialmente en el tercer mundo.” (78)

## CAPITULO III

### **EL ARGUMENTO DE SIRENA SELENA VESTIDA DE PENA**

La novela parte su relato con una narración *in medias res*, cuando Sirena Selena junto con Miss Martha Divine arriban en el aeropuerto de República Dominicana. Ambas son travestis de Puerto Rico que llegan a la isla vecina, pues la Divine se consiguió un contacto para que Sirena pueda realizar un show en una gran cadena de hoteles y ser contratada. Esto pues la joven travesti tiene una prodigiosa voz que cautiva a quién la escucha. Sin embargo, Sirena en esta ocasión va vestida de muchacho y Martha de señora. La idea de esto es simular la estampa de familia: una madre con su hijo que van de vacaciones a la isla de al lado. Ahora bien, la verdadera razón de por qué Martha y Sirena realizan el viaje es porque en Puerto Rico el trabajo infantil está prohibido por las leyes federales que rigen en la isla. Así la Divine le propone a la quinceañera que vayan a emprender nuevos rumbos ya que, según Martha, allá esas leyes no existen.

A lo largo de la historia se irá conociendo el pasado de la protagonista. Su infancia la vivió junto a su abuela, quien se dedicaba a las labores domésticas en alguna casa de la élite económica puertorriqueña. Cuando su abuela muere, ella huye de las ordenanzas federales que la obligaban a irse a un hogar de acogida. El sirenito, como es enunciado por la voz narrativa, comienza a vagar por las distintas calles de San Juan. Es en este espacio donde conoce a Valentina Frenesí, una travesti que simulaba perfectamente su figura de mujer. Con ella establece una amistad, incluso comienzan a “hacer la calle” juntas. Tanta era la cercanía de ambas que Valentina le propone vivir juntas en su departamento, así el sirenito dejará de dormir en los puentes. Una noche aparece un cliente en un Mercedes negro que, desde su ventana, saca un fajo de billetes. El sujeto pide llevarse al sirenito. El vehículo parte para nunca regresar. Valentina, mientras pasan las horas, se comienza a preocupar y sale en busca de su hermanito. Lo encuentra en un tiradero, semidesnudo, con su cuerpo ensangrentado. Corriendo lo lleva al hospital, y mientras pasan los días y el sirenito se recupera, Valentina lo visita constantemente, aunque debe ir vestida de hombre. Ella le propone que deje la calle y se vaya a un hogar de crianza al que una asistente social lo

podía derivar. El sirenito rotundamente se niega porque comprende las violencias que ahí puede vivir, entonces, la Frenesí le hace prometer que nunca más va a ser penetrado. Mientras el sirenito se recupera Valentina debe trabajar el doble. El sirenito sintiéndose inútil por quedarse solamente en la casa, intenta ayudar haciendo la limpieza en el hogar. Es en este momento que el sirenito encuentra un cofre donde la Frenesí guardaba sus agujas: esta era adicta a la heroína. El niño encara a Valentina, porque comprende lo que es ser adicto, empatizando desde su vicio con la cocaína. Ella avergonzada, no hace caso a lo que el niño le dice, y tras una discusión que ambos sostenían Valentina sale rauda del departamento. La próxima vez que el sirenito vuelve a ver a su hermanita es tirada en el piso tras una sobredosis de heroína. Nuevamente comienza a vagar por las calles de Puerto Rico sin rumbo. Hasta que Miss Martha Divine lo encuentra recogiendo latas en un callejón que daba con el Danubio Azul, el bar del que era propietaria. Ella, que dice que le corre sangre de empresaria, ve en él un nuevo negocio al escucharlo cantar esas melodías. De este modo ella contribuye a que el niño sea la cantante de boleros que es: Sirena Selena.

Ya en República Dominicana, Sirena y Martha, conocen al administrador del hotel y junto con él a Hugo Graubel, uno de los dueños de la cadena de hoteles a la que pertenece “El Conquistador”. El millonario se enamora a primera vista de la Sirena, haciendo que la vayan a buscar sus empleados para que ella cante en su mansión. No obstante, lo que Hugo pretende con esto es otra cosa: consumir el deseo que siente por Sirena. De manera tal que ella decide escaparse del lado de Martha e ir a la mansión de Hugo. Luego de realizar su espectáculo Hugo comienza a salir constantemente con Sirena, siempre pidiéndole que vaya vestida de mujer. La joven travesti comienza a sentirse algo avasallada con su emocionalidad pues se da cuenta que está empezando a sentir cosas por el millonario. Así cuando en la narración llega la escena de sexo entre Hugo y Sirena, ella siendo fiel a la promesa de Valentina comienza a penetrarlo. Hugo, mientras sucede la acción, la enuncia con otro nombre, confundiendo a la Sirena respecto a su identidad. Al día siguiente la Sirena escapa de la habitación, y no hay rastro de ella en la novela.

Otro personaje que aparece en el relato, y que se entrecruza con la historia de Sirena, es Leocadio, un niño de República Dominicana de ocho años. Su madre, por causas laborales, decide dejarlo en casa de Doña Adela quien acoge a niños de la calle. De este modo se va a

articulando la historia de Leocadio, a quién se le muestra siempre cargando con el asedio del deseo masculino. Él, al igual que Sirena, acompaña a su madre a trabajar limpiando las casas del sector social alto de República Dominicana. Es aquí donde él tiene un encuentro sexual con el jardinero de la casa. Cuando llega a vivir donde Doña Adela establece un lazo de amistad con otro joven del hogar: Migueles. El lazo que construye con él es tan fuerte que, a través de la narración, se develará que el niño comienza a sentir una atracción por el joven. Migueles, que trabaja en un hotel de Santo Domingo, hace que Leocadio también ingrese a trabajar ahí. Stan, dueño del hotel, le prohíbe al niño aparecerse por el bar, causándole una gran curiosidad sobre ese espacio. Constantemente le pide a Migueles que le haga pasar al bar para conocerlo, y cuando Leocadio lo conoce se maravilla por cómo es. El diálogo en el bar, entre el niño y el joven, termina con unas lecciones de baile que éste le da a Leocadio. Migueles le explica que allí se baila entre hombres, lo que al niño le queda resonando en la mente, ya que desde su visión en el baile debe haber una mujer. Leocadio, de esta forma comienza a reflexionar sobre los roles de género y la difuminación que puede existir entre ellos. La novela termina con Martha cerrando un trato de negocios con Stan, y mientras ella viaja camino al aeropuerto recuerda haber visto a dos niños bailando en la barra del hotel.

## **LA CONSTRUCCIÓN DEL CONCEPTO DE INFANCIA.**

La principal razón por la que las travestis de Puerto Rico emprenden su viaje es por la prohibición del *child labour* aplicadas por las leyes federales que Estados Unidos impone en la isla. En el relato, Martha quiere que Sirena comience a trabajar como cantante de boleros en una cadena de hoteles, y ésta tiene solo quince años. De este modo República Dominicana se construye, mediante lo que la Divine le dice a Sirena, como un lugar donde el trabajo infantil está permitido. Esta premisa hace que ya aparezca una construcción discursiva sobre República Dominicana.

El trabajo infantil, a partir de los albores de la modernidad, comienza a regularse, lo que traería consigo, poco a poco, su prohibición. Como consecuencia se produce, entrando en la



dicotomía de civilización (modernidad) y barbarie (no modernidad), que donde el trabajo infantil no esté regulado la civilización todavía no ha llegado. En este sentido, pareciera construirse a un Puerto Rico mucho más civilizado que una República Dominicana más bárbara. No obstante, cuando conocemos la historia de Sirena, específicamente la historia de ella desde su infancia, podemos constatar que esa modernidad legitimada mediante la prohibición del trabajo infantil se ve permeada por las precarias condiciones materiales en las que se desenvuelve Sirena y la historia familiar que trae consigo.

La construcción de un modelo hegemónico de infancia, referido como un proceso en el que el sujeto infantil debe ser siempre considerado como un proyecto a futuro, al que toda la comunidad debe proteger, hace que se estructurare un determinado modelo de infancia. Así, el niño debe tener techo y comida, estar inserto en una familia nuclear, la que pueda llenar de afectos al infante como también de una determinada moralidad, de igual forma, el niño debe ser parte de una educación institucionalizada; tales rasgos, se instalan como los pilares que cimentan un modelo de infancia. A pesar de ello, todavía existen grietas que vuelven al proceso de infancia como una experiencia que, no en todos los casos, se ve tan favorable. El hecho de que existan proyectos que pretendan ayudar a que sea mucho más acogedora la infancia, no ha sido una constante histórica. La infancia, también ha sido un concepto que ha venido a ser construido a través del tiempo.

Para introducir la concepción histórica de la infancia, hay que tener claro que es un término diacrónico, esto significa que ha variado a lo largo de la historia según su contexto económico, político y social. También tener en cuenta que, al hablar de infancia, entramos en un sistema de binomios, conformado, por un lado, por el adulto, y por el otro, por el niño o niña, en tanto que el segundo sujeto ha estado mediatizado por el primero en casi la mayoría de los relatos históricos. De este modo, la infancia se ha constituido principalmente en función de cómo el adulto se relaciona con ella, la percepción y el sentimiento que éste tiene con el cuerpo y la subjetividad infantil. La relación que se ha configurado entre los adultos y los niños no ha sido siempre la misma. Que en la actualidad se articulen discursos en los que se pone al niño en un pedestal, tiene que ver con un sentimiento construido hacia el cuerpo infantil, en tanto que existe un deber de cuidar como también de instruir, que no siempre fue así.

En la época clásica, cuando el niño nacía, debía pasar por la validación del padre, que legitimaba la propia vida del recién nacido. En esta dirección, “La vida [del niño] le era dada dos veces: la primera cuando salía el vientre de la madre y la segunda cuando el padre lo “elevaba” (Ariès 6). Para contextualizar mejor esta práctica, hay que explicar que la afección que existía entre los padres y el niño, en primera instancia, se configuraba a través de una cierta distancia, lo que significaba que se produjera muchas veces un abandono hacia el recién nacido: por malformación corporal, por ejemplo, o porque no habría un deseo de hacerse cargo de él. El abandono se instala como una práctica recurrente, y en muchas ocasiones, como lo explica Philippe Ariès en su texto “La infancia”, se optará más por acoger a niños abandonados que por procrear los propios. El mismo autor señala que la práctica del abandono se podría parecer a un aborto, “los niños “elevados” habrían sido favorecidos por una elección, mientras que a los otros se les abandonaba: se mataba a los hijos no deseados de los esclavos, o a los niños libres no deseado por las más diversas razones, no solo a los hijos de la miseria y del adulterio.” (6)

Uno de los referentes clásicos que puede ayudar a comprender la distancia afectiva que existía en la época, puede verse con el mito de Medea, ya que en el relato trágico la protagonista termina matando a sus propios hijos. El infanticidio, entonces, parece establecerse como una práctica igualmente habitual. Así, el abandono y el infanticidio se configuran como lugares en los que la infancia se ancla en la época clásica. Con esto no estoy diciendo que la totalidad de la sociedad ejercía estas prácticas, sino que éstas eran naturalizadas o no cuestionadas culturalmente, de hecho, la familia no tenía una función afectiva *per se*, sino que, al contrario, tenía un rol de sobrevivencia de los sujetos que la constituían, en este sentido “el sentimiento entre padres e hijos no era indispensable para la existencia, ni para el equilibrio de la familia: tanto mejor si venía por añadidura” (Alzate 6). No obstante, en el siglo II y III se comenzará a vivenciar un proceso cultural en el que el matrimonio cobrará completa relevancia. Mediante la consagración de esta institución se cobrará un nuevo *ethos*, pues, es a través del matrimonio que se percibirá una determinada moralidad como también una nueva disposición psicológica-afectiva al momento de concebir un infante.

En la Edad Media, entonces, y a través de una concepción religiosa se comienza a percibir que el niño también tiene alma (enmarcado todo esto en el cristianismo) y tal disposición espiritual hacia él, provoca que se comience a experimentar otro tipo de relación. Si en la época antes mencionada se dejaba al niño a su albedrío, esto si los progenitores no se hacían cargo, en la época del medioevo el niño debe vivir porque es un ser cristiano al que hay que proteger. Así, teniendo en cuenta el contexto en el que se desarrolla la Edad Media y la aparición de un sistema económico y social basado en un modelo feudal, provoca que la reproducción humana se vea más como una producción, en el sentido que el niño recién nacido serviría a largo plazo como mano de obra para el señor feudal:

El *nasciturus* ya no era el fruto del amor que se podría evitar con alguna atención y sustituir con ventaja mediante una elección, con la adopción, como sucedía en la época de los antiguos romanos. El hijo se convierte en un producto indispensable, en cuanto que es insustituible (...) el poder de un individuo ya no depende de su rango, del cargo que ocupa, sino del número y de la lealtad de su clientela, la cual se confunde con la familia, y de las alianzas que se puedan establecer con otras redes clientelares. (Ariès 7-8)

La estructura sentimental del adulto frente al niño comienza a vivir un leve cambio. Digo leve porque todavía no se percibe una atención específicamente dedicada hacia el niño, como se pretende, debería ser en la actualidad. Este hecho, para María Alzate, autora del texto “El descubrimiento de la infancia, historia de un sentimiento”, se debería a que existe un desplazamiento en lo que significa el sentimiento que se tiene frente a la infancia, estableciendo que este sería un primer momento de cambio, así:

Un primer “sentimiento” considera que en la Edad Media, y durante mucho más tiempo en las clases populares, los niños vivían mezclados con los adultos (...) El movimiento de la vida colectiva arrastraba en una misma oleada las edades y las condiciones, sin dejar a nadie un momento de soledad ni de intimidad (...) La

familia cumplía una función: la transmisión de la vida, de los bienes, de los apellidos, pero apenas penetraba en la sensibilidad. (Alzate 7)

Que comience a establecerse una nueva forma de relación entre el adulto con el niño, específicamente, entre los padres con sus hijos, manifiesta que se comienza a experimentar, entonces, una revalorización del niño, de manera que “el infanticidio se convirtió en delito. Está prohibido abandonar a los recién nacidos, los cuales están rigurosamente tutelados por la ley (...). Los infanticidios y los abortos están severamente condenados y perseguidos judicialmente.” (Ariès 8) Aun así, la infancia todavía no logra percibirse como un período de extremo cuidado. A propósito de esto, se puede señalar que es en este período, es decir, en la Edad Media, en que “parece como si el hombre (...) solo viese en el niño un hombre pequeño o, mejor dicho, un hombre aun pequeño que pronto se haría -o debería hacerse- un hombre completo; un período de transición bastante breve” (10-11).

Ahora bien, a partir del siglo XVII se comenzará a producir un gran cambio de paradigma en torno a lo que significa la infancia. El tránsito al llamado siglo de las luces se caracterizará por percibir al infante como un proyecto a futuro, configurarlo como una *tabula rasa*, es decir, un espacio en blanco que debe ser rellenado. De este modo, comienza a vivirse un auge de la educación. El niño debe ser educado, moralizado de una forma específica. Es en los albores de estos tiempos que se vivirá otro momento que comenzará a cambiar la relación sentimental que existe con el infante:

Un “segundo “*sentimiento*” se ubica a principios de la era moderna. El gran acontecimiento fue la reaparición del interés por la educación, interés que inspiraba a algunos eclesiásticos, legistas, investigadores, escasos aún en el siglo XV, pero cada vez más numerosos e influyentes en los siglos XVI y XVII, cuando se mezclaron con los partidarios de la reforma religiosa. (Alzate 7).

Ver al niño como un sujeto que debía educarse para que sea el ciudadano moderno, significó que se instalara como principal espacio para la infancia la escuela. Podemos,

entonces, hacer una distinción de enseñanza: por un lado, la educación formal y pública, institucionalizada y legitimada a través de la escuela, mientras que, por el lado privado, espiritual y emocional, se relegaba a la familia. Siguiendo esta misma línea, Alzate señala que “este interés nuevo por la educación se implantará poco a poco en el núcleo de la sociedad y la transformará completamente. La familia deja de ser únicamente una institución de derecho privado para la transmisión de los bienes y el apellido, y asume una función moral y espiritual.” (Alzate 8).

Con todo este auge de la educación, empezaron a circular relatos que representaban a la infancia de acuerdo con los intereses del sector social que se habitaba. Los cuentos populares que se comienzan a difundir, de mano de Perrault o los hermanos Grimm, en ocasiones eran intervenidos de acuerdo con el niño al que se le quería transmitir la fábula: mientras que para el sector alto de la sociedad eran cuentos que se direccionaban en función a los manuales de comportamientos de la época, en el sector popular los cuentos tendían a no censurarse y hablar, lisa y llanamente, de canibalismo, de incesto, etc. Es en esta época que se busca configurar en la infancia un determinado modelo de ciudadano. Este moldeamiento vino a través de la propagación de estos relatos que eran intervenidos por las altas esferas de la sociedad. La infancia, como concepto, comienza un proceso de homogeneización, y “recién entre los siglos XVII y XVIII se habría producido un “descubrimiento de la infancia”, en relación de una “sensibilidad moderna” que otorgó a los niños características particulares, vinculadas a la necesidad de preservar su vida, desde entonces frágil por definición.” (Stagno 3)

Estos lugares mencionados, explícita e implícitamente, tales como la familia y la escuela se configuran como los *locus* para la infancia. Su institucionalización se debe a esta preocupación por el infante. De esta manera, “la escuela y la familia se erigieron como lugares propios de la infancia, cuya tarea principal era cuidar, proteger y educar a los más pequeños. Se suponía entonces que la trayectoria de la vida durante los primeros años debía acontecer al amparo del núcleo familiar, quien delegaba en la escuela las tareas de aprendizaje de los saberes socialmente valiosos.” (6) Pero no solo se comienzan a producir estos lugares, que terminan siendo espacios en los que se priva al sujeto infantil de una

exterioridad, es decir, de lo público, sino que también la calle se comienza, sobre todo en la época actual, a articular con lugares para la infancia: plazas, parques, etc.

En la época contemporánea, siguen los patrones que se establecieron a partir del siglo de las luces. La educación debe ser un pilar fundamental para la infancia. La familia debe ser capaz de contener al niño o niña para que, emocional y espiritualmente, pueda ser un sujeto capaz de desenvolverse sin ningún inconveniente dentro de la sociedad en la que habita. Sin embargo, nuevos estudios sobre la infancia han abierto la reflexión acerca de este período experiencial para cualquier ser humano. Hablo de la Sociología de la infancia, disciplina que especifica su objeto de estudio en la etapa de la infancia de los sujetos y las condiciones en la que ésta se desenvuelve.

La sociología de la infancia realiza un ejercicio de diferenciación del significante a partir de la configuración de “la infancia”, como el significante hegemónico, y propondrá el de “las infancias”; el primero lo mostrará como un concepto que proyecta una construcción discursiva sobre el niño y niña que se encuentran viviendo en ese período de su vida, convirtiéndose como un significante totalizador de lo que *es* la infancia. El segundo se manifiesta a través de la heterogeneidad, es decir, es un concepto abierto, que, mediante la pluralidad de la palabra intenta representar una multiplicidad de infancias vividas, estableciéndose así que las condiciones materiales y simbólicas son distintas para todos los sujetos de acuerdo con su contexto sociocultural.

Iskra Pávez señala en su artículo “Sociología de la infancia: las niñas y los niños como actores sociales”, a propósito de esta diferenciación, que “la infancia no es homogénea, sino que está situada y afectada por las desigualdades de género, de clase social y de origen “racial”, nacional o étnico, en que participa. En cada territorio y momento histórico han sido distintas las manifestaciones del fenómeno infantil.” (96) Hablar de “las infancias” en lugar de “la infancia” abre la posibilidad de expandir la experiencia de esta etapa de vida cruzada por discursos hegemónicos, en este sentido, se puede deducir que “el bienestar infantil deseable y medible es el modelo desarrollado en los países ricos. El concepto de infancia implícito en la Convención [de los derechos de niño] es característico de los países ricos y europeos, invisibilizando la enorme diversidad en la que viven niñas y niños alrededor del mundo” (Pavez cit. Pavez, 97). Así al desarrollar un relato de la infancia se

debe tener en cuenta las proyecciones por las cuales se han construido. La subjetividad infantil parece moldearse a un determinado cuerpo que el poder busca convertir, es por eso que son necesarias las nuevas visiones que se van construyendo en torno a la infancia:

el supuesto tradicional de la mente como tabula rasa se invierte y es el mundo el que se considera como tabula rasa; cada generación nace en un mundo de objetos carentes de sentido que solo adquieren su significado si el niño recibe un determinado tipo de crianza. Tan pronto como cambia para un número suficiente de niños el tipo, crianza, todos los libros y objetos del mundo quedan descartados por inútiles para los fines de la nueva generación y la sociedad empieza a moverse en direcciones imprevisibles. Todavía hemos de averiguar cómo se relaciona el cambio histórico con el cambio de las formas de crianza de los niños (Alzate cit DeMause 5)

Quisiera llevar esta reflexión hacia estas otras infancias. Las que no se construyen en un modelo de familia tradicional, las que se manifiestan sexualizadas, las que se sienten ajenas a los relatos heterosexuales ¿qué pasa con esa infancia? ¿a través de qué modelo afectivo se construye? ¿cómo se representa una infancia que es parte de un modelo económico que se caracteriza por volver mercancía a los propios sujetos que lo habitan?

## **LA GRAN FAMILIA PUERTORRIQUEÑA: UN DIÁLOGO DESDE UNA INFANCIA SEXUALIZADA**

La construcción ideológica del discurso simbólico que es el tópico de “la gran familia puertorriqueña”, se constituye a través de ciertos paradigmas que tienen que ver con el contexto sociocultural de Puerto Rico a finales del siglo XIX<sup>1</sup>. El mantenimiento de

---

<sup>1</sup> En el capítulo primero de esta tesis se contextualiza a grandes rasgos tal contexto sociocultural de la nación boricua.

determinados valores, mucho más cercanos a la cultura hispánica, hizo que la construcción de este tópico, se materializara, debido al fuerte asedio cultural que EE. UU. realizaba a través de determinadas políticas en la isla. Frente a esta acción los hacendados de la isla, es decir, la élite boricua, comenzó a producir un imaginario identitario que consistía en articular un discurso que fuera contenedor de la cultura puertorriqueña. *La gran familia puertorriqueña* se constituye entonces como un pilar identitario dentro de Puerto Rico; en la literatura se constituye como un espacio de resistencia en tanto que es a partir de ese lugar, de la *gan familia*, que se rescataba lo puertorriqueño frente a la creciente colonización cultural de EE. UU.

La producción cultural que Puerto Rico ha tenido en su doble colonización ha provocado que, aunque se hayan abierto ciertos sectores de la sociedad, como por ejemplo el de la comercialización o el de apertura económica, otros sean un tanto más complejos de desmontar. Los valores que se consolidan tienen relación con alzar la figura del jíbaro y convertirlo en un personaje nuclear de la gran familia. De esta forma, el tópico se articula entonces como un discurso patriarcal, en donde el padre de la familia cobra relevancia. Sin embargo, la emergencia de escritores boricuas (Rosario Ferré, Angel Lozada, etc) a partir del siglo XX que intentan producir narrativas que desestabilicen el tópico, ha provocado una revisitación constante de la gran familia.

Mayra Santos Febres, en su novela *Sirena Selena vestida de pena* interactúa con este espacio simbólico que es *la gran familia puertorriqueña*, representando otro tipo de familia que no tiene los patrones con los que se caracterizaría la del tópico. En la primera novela de la autora, leeré la infancia de los personajes representados en diálogo con el tópico *la gran familia puertorriqueña*. Así, se produce una nueva genealogía de la familia, una que subvierte los sentidos que lleva consigo la del tópico. Esto ya que los personajes representados en la novela son sujetos y sujetas de sexualidades y géneros disidentes, lo que no corresponde con el mandato de la matriz heterosexual que en la *gran familia* se rige. En este sentido, estos personajes crean lazos afectivos y comunidades alternativas para constituir una historia legítima de sí mismos como también para producir espacios afectivos seguros frente a la marginalización que viven. Este diálogo se produce en función del



contexto sociocultural que la nación de Puerto Rico experimenta en la entrada del siglo XXI.

En la actualidad del siglo XXI, la gran mayoría de las producciones culturales, realizan representaciones de los niños o niñas con un carácter un tanto mezquino, pues se les caracteriza, muchas veces, desde la candidez y la pureza, tanto así que los representados tienden a lindar con lo irracional, como si fueran cuerpos que principalmente se deben moldear, sin importar la subjetividad que lo habita. En este sentido, la subjetividad infantil se constituye como no válida al intentar direccionarla hacia ciertas direcciones que excluyen sus deseos, sus sentimientos, etc. Parece ser que los niños y niñas nunca se configurarían como sujetos, siempre parecen estar mediatizados por otro, particularmente por el adulto. Sin embargo, en esta tesis, los niños y las niñas también son subjetividades que se enuncian como válidas. Así, es importante que se realice un giro de perspectiva en torno a este tema ya que, es a partir del período infantil que la identidad singular se va constituyendo. Pero también es la infancia el lugar que constantemente se visita para dialogar con la historia pasada, que articula la propia identidad.

Leo la infancia representada en la novela *Sirena Selena vestida de pena*, desde el contexto en que se desenvuelven los personajes: un Puerto Rico que se enmarca en una actividad económica turística. Ya en el capítulo dos de esta tesis abordé cómo se constituía el turismo dentro del Caribe, transformando las relaciones interpersonales a través de lógicas serviciales, en tanto que se productiviza un espacio en específico con el objetivo de convertirse en fetiche para el turista. La infancia de los personajes de la novela, entonces, habita este espacio donde las personas están contenidas igualmente dentro de este fetiche para el turista. Los espacios del ocio (como la industria hotelera) recreados, se construyen a partir del imaginario en que el Caribe está configurado, a través de un despliegue de diversos procesos socioculturales y económicos que la globalización provoca.

A lo largo del viaje que Sirena realiza hacia República Dominicana, ella irá recordando episodios de su infancia, a través de sueños y memoranzas, que la llevarán a lugares que interactúan con su abuela o con Valentina Frenesí. Cabe decir que Sirena establece diferentes relaciones filiales tanto con su abuela, Valentina Frenesí y Miss Martha Divine. La primera es la madre de la madre de Sirena; la segunda, es una travesti que la conoce

cuando comienza a prostituirse, luego de la muerte de su abuela; la última, la Divine, la conoce en el callejeo que Sirena vive posteriormente a la muerte de Valentina Frenesí. Dentro de este recorrido se puede inferir que Sirena, a falta de una relación materna directamente filial, va construyendo espacios con nuevas madres que logran armar una historia afectiva en la subjetividad de ella. De esta forma, el volver a la infancia, recordar ese periodo, parece una constante a lo largo del relato, y a través de él es que Sirena también dialoga con el contexto en que se desenvuelve:

la nostalgia no es en sí un impulso suficiente para volver a la infancia. Este regreso obedece a fuerzas más contundentes como la amenaza vital, la injusticia social, el desarraigo, la crudeza del mundo, los traumas personales. Además, en la confesión desde la temprana edad hay una cierta permisividad para declaraciones que logran sortear con más fluidez tabúes sociales, prejuicios raciales, religiosos, nacionalistas o divisiones ideológicas que un narrador adulto no puede manifestar por estar inserto en el discurso oficial y menos ajeno a las circunstancias sociales e históricas. (Jeftanovic 15)

En el capítulo III de la novela, Sirena enuncia una oración, o un rezo, hacia María Piedra Imán. Se visualiza, en esta confesión, cómo hay una conciencia del pecado, y aquí resulta interesante hacerse la pregunta de ¿cómo un niño/a puede sentirse como un sujeto pecador? Desde estos recuerdos, emanados en la oración, Sirena habla sobre su infancia y las vivencias que a ella le gustaría olvidar y poder, a partir de ese olvido, hacerse de nuevo: “Poder cantar como si no hubiese pasado nada, como cuando era chiquito y tenía casa y familia. Había miseria (...). Pero éramos felices. No había que endiablarse, desesperarse, cantar para sobrevivir (...) Quiero cantar desde la boca nueva, como si naciera justo cuando me alumbre el reflector. Libre de recuerdos” (Santos Febres, 16). A través de esta oración se conocerán algunos atisbos de la historia que carga consigo Sirena, principalmente su pasado de prostitución. Así, el infante que se construye en la narración sale de la convención de lo que primeramente se cree, popularmente, sobre la infancia, es decir, un cuerpo libre de cualquier sexualización. Frente a esto Sirena se plasma de manera contraria,

en tanto que por sus circunstancias materiales ella se ha visto en la obligación de prostituirse.

Al llegar Martha Divine y Sirena al hotel El Conquistador se encuentran con un ostentoso espacio de lujo. Esto llevará a Sirena a lugares de su pasado: “Todo aquel lujo sacó a flote la niñez de la Sirena. (...) Selena corrió a jugar con las cortinas, prendió y apagó el aire veinte veces (...). Estrenaba juguete nuevo” (24). La voz narrativa cuenta lo que Martha siente al momento de ver, de esta forma, a Sirena, diciendo que “pocas veces la había visto así, soltando grititos de deslumbrada, jugando con los grifos del agua, las colchas, riéndose a carcajadas; dejándose ser el niño que era” (24), con esto se puede dar a entender que la Sirena no siempre se mostraba como un niño. Resulta interesante que, para Sirena, encontrarse con estos objetos, la hagan manifestar una cierta postura infantil. Llama la atención la constitución de infancia que Sirena establece consigo misma. La postura que ella adopta en su cotidiano la alejaba de esa “normalidad” de ser niña. Quisiera señalar lo que Daniela Fumis enuncia en su texto, “El problema de la infancia en la narrativa: cruces y desbordes”, haciendo sentido a la reacción que Sirena adopta al momento de llegar a la habitación del hotel El Conquistador, ya que es a través del opulento hotel y sus habitaciones lujosas, al que ella arriba, que aparece la niñez percibida como perdida, al menos desde la óptica de Martha. De esta forma “no tendría lugar aquí la recuperación de aquellos rasgos estereotipados de la infancia entendida como etapa o periodo cronológico de la vida (la niñez), sino que lo infantil haría su irrupción de manera inesperada, como una inminencia que se resuelve en la medida en que logra ser oída” (190), el retorno a la infancia, teniendo en cuenta que es un relato que se produce en un presente pero siempre remite al pasado, se formula, ampliando el sentido de la cita, a través de los diferentes sentidos: mediante el tacto, la vista, la escucha, etc.

Que Sirena vuelva a su infancia, en el comportamiento ya descrito, a partir de El Conquistador, resulta paradójico teniendo en cuenta que la historia vivida por ella se constituye de manera contraria a la materialidad que el hotel le entrega. Sirena, antes de ser un bugarrón, antes de ser la travesti bolerista, acompañaba a su abuela a limpiar la casa de personas adineradas. Así, su infancia se concibe dentro de un espacio de lujo que, aunque no era propio de ella, de igual modo lo hizo suyo al habitar cotidianamente ese lugar con su

abuela. La subjetividad infantil, en este sentido, se ve atravesada por la clase a la que pertenece, en tanto que a pesar de que habitaba esa gran casona donde su abuela se dedicaba a la limpieza, hizo suyo también ese lugar:

¿Cuántos cuartos tiene esta casa, abuela? Yo creo que tiene seis. No, son cuatro y dos baños. Pero afuera tienen otro cuartito al lado de la piscina ¿Tú ves esa puertita al lado de la barra? Por ahí se entra (...) Tú te imaginas, tanto cuarto. Yo me conformaría con vivir en el de afuera. Me levanto por la mañana y me tiro de cabeza a la piscina nada más que para levantarme. Ay abuela, yo ahí viviría feliz. Quién no papito, quién no. (Santos Febres 38)

La primera aparición, en la novela, de la abuela de Sirena, ocurre en el capítulo VI, en donde ambas son representadas conversando mientras realizan diferentes quehaceres en la casa rica. En esta conversación la voz de Sirena se ve entrecruzada junto con la de su abuela. Ambos personajes resultan mezclarse sintácticamente. No existe un límite claro, en la voz enunciativa, entre la abuela y su nieto. El lector, en su proceso de lectura, es quien realiza el ejercicio de diferenciación. Lo que se puede inferir a través de esta producción escritural, es que la voz enunciativa de Sirena, en su infancia, está mediatizada por la abuela, de modo que “su habla verdadera [la del infante] no es escuchada; su voz no es legítima como acto de habla, porque no tiene la autoridad para que sus palabras adquieran un poder performativo.” (Jeftanovic 28) El personaje niño produce su lengua siguiendo a la del adulto. La legitimidad que construye el habla del niño va de la mano junto a la de su mentor. Sin embargo, a lo largo de la novela, Sirena para legitimarse a sí misma, utiliza como voz diversas canciones de boleros. Su subjetividad se sitúa en todas esas historias de amor, que compartía junto con su abuela. Cabe decir que también su madre, que aparece en la novela como un personaje fantasmagórico, sea construida a partir de los relatos de su abuela sobre ella. De modo que Sirena creará una idealización sobre esta figura que también cantaba: “sería hoy por hoy una cantante de primera.” (Santos Febres 41)

La relación que Sirena tiene con su abuela es emocionalmente muy fuerte y, cómo no, si ella es la única persona que se hace cargo de ella. No obstante, su abuela muere y ella queda sola frente al mundo. A partir de aquel período de su vida, Sirena decide “hacer la calle”, antes que irse a los hogares de Servicios Sociales; es aquí donde conoce a Valentina Frenesí, una travesti que también se prostituye. Ambas se relacionan a tal punto que Valentina invita a Sirena a que vivan juntas, el pequeño acepta; comienzan a trabajar juntas para solventar su hogar. Es en esta atmósfera que Sirena vivirá un punto de quiebre en su constitución identitaria, ya que, un día haciendo la calle, aparece un “Mercedes gris, con cristales ahumados” (83), adentro de él un señor mostrando un fajo de dinero, suficiente como para resolver los gastos de por lo menos un mes. Él pide a la Sirena, y en este encuentro ella termina siendo violada. La relación entre Sirena y Valentina comienza a vivir un momento de tensión. Sirena se escapa del hospital y Valentina le propone que mejor viva en un hogar de crianza. Tanto se rehúsa la Sirena que la voz narrativa dice: “El sirenito no se iba a dejar convencer, ni atrapar por los de Servicios Sociales. Y no podía culparlo. Los de hogares de crianza eran una pesadilla. Tener un simulacro de familia que te trata mal y por cobrar es peor que no tener a nadie. Ella lo sabía en carne propia.” (89) Andrea Jęftanovic, en el prólogo a la compilación de artículos que desarrolla en *Hablan los hijos: discursos y estéticas de la perspectiva infantil en la literatura contemporánea*, establece que “el cuerpo infantil nace expropiado, es una entidad que, desde su primer día, está en tensión entre la familia que lo considera un cuerpo propio, digno de sus afectos y disciplina, y el Estado, que lo considera un cuerpo público, importante para las políticas de salud, educación y ciudadanía.” (21) Entonces, la infancia de Sirena se articula mediante la errancia de su andar que cobra un sentido mucho más político debido a su sexualidad, ya que ella sabe que si acepta ir a los hogares de crianza la violencia que recibiría sería por ser como ella es. Por lo mismo la voz narrativa da a entender que Valentina la comprende desde la empatía, pues, se percibe que ella también vivió algo parecido. No en el sentido de su infancia, sino que en el hecho de ser disidentes a la matriz heterosexual.

Butler, en su texto *El género en disputa*, caracteriza a la matriz heterosexual como:

un modelo discursivo/epistémico hegemónico de inteligibilidad de género, el cual da por sentado que para que los cuerpos sean coherentes y tengan sentido debe haber un sexo estable expresado mediante un género estable (masculino expresa hombre, femenino expresa mujer) que se define históricamente y por oposición mediante la práctica obligatoria de la heterosexualidad. (292)

Ambas subjetividades se sienten ajenas a lo que el constructo social ha establecido como mandato, ya que son leídas como cuerpos incoherentes de acuerdo con su género y sexualidad. Sus cuerpos se establecen como territorios que desbordan este modelo discursivo de heterosexualidad obligatoria: por un lado, Valentina que es travesti, y por otro, Selena que es un niño bugarrón que se prostituye con otros hombres. Irune Gabiola del Rio en el artículo “A queer way of family life narratives of time and space in Mayra Santos Febres’s *Sirena Selena vestida de pena*” leyendo a Judith Halberstam, sobre los tiempos y los espacios que se constituyen en un cuerpo distinto al heterosexual, establece que “transgender bodies and subcultural lives allow for alternative constructions of time and space that do not necessarily follow the logics of bourgeois family life, adolescence, maturity, marriage, reproduction.” (79) La estructuración del tiempo y del espacio, entonces, se ve dislocada por estas subjetividades que se construyen fuera de la matriz heterosexual. En la novela esta representación de una infancia vivida fuera de los cánones heterosexuales, no solamente se encarna en la vivencia de Sirena, sino que también otros personajes atraviesan una infancia que se expresa contraria a su sentido convencional: Miss Martha Divine y Leocadio también viven situaciones que los sacan de un relato que estructura la vida de una forma determinada.

Miss Martha Divine, quien proviene de una familia pentecostal, tiene la siguiente historia de vida: “él salió de casa a los dieciséis para no volver nunca más, después que su padre le rompiera con un bate dos costillas y le quemara unos trajes que se había hecho con tanto sacrificio, no sabe ni por qué, y que la madre encontró rebuscándole el closets a los hijos.” (Santos Febres 118) La acción de su progenitor, de violentar el cuerpo de Martha como también el quemar la ropa que ella había confeccionado, la leo como una fuerza correctora en tanto que direcciona, mediante estas prácticas, al cuerpo hacia un determinado lugar: si

nació en un cuerpo de genitalidad masculina existe una prohibición a devenir en una identidad femenina.

Otro personaje, que se narra paralelamente a Sirena, es Leocadio, un niño de República Dominicana de 8 años quien, luego que su madre tomara la decisión de dejarlo en otro lugar para vivir, debido a que las condiciones materiales no eran suficientes para mantenerse juntos, llega, entonces, al hogar de doña Adela. Leocadio, a lo largo de la novela es narrado como alguien especial, incluso doña Adela al referirse a él lo describe de esta forma:

Los otros no son así, ni siquiera el MIGUELES, que es el que más se le parece. Y no es que sean feos, es que no tienen eso que Leocadio tiene. Eso que no tiene nombre, no. Por más que rebusco en la mente, no encuentro la palabra que nombre eso. Él no habla mucho con los demás, ni juega los juegos rudos de muchachones en crecimiento. Se queda tranquilito en el patio, mirando las flores, haciendo montoncitos de tierra donde siembra semillas que siempre se le dan. (158 – 159)

Al igual que Sirena, Leocadio vive un constante asedio por parte de hombres: como en el episodio en la playa del capítulo VIII donde “De repente sintió una mirada pesada sobre su hombro. Era un hombre grande y colorado que lo miraba desde su distancia, hundido entre las olas. (...). Estaba seguro que aquel hombre lo miraba y le sonreía a él. (...) Ni en la playa lo dejaban tranquilo” (56); o también cuando se narra el encuentro que Leocadio tiene con el jardinero de la casa donde su madre trabaja, donde se produce un primer acercamiento sexual del niño. La utilización del niño como personaje enunciativo produce que la constitución de su habla sea a través de imágenes que circundan en lo social, es decir, figuras que hacen un guiño sobre la entrada al lenguaje, por parte del niño, y su proceso de significación. Jeftanovic se refiere a este ejercicio escritural señalando que “el narrador niño siempre va a ser una posibilidad de discurso alternativo, a partir de las convenciones que estipulan la parcialidad de su mirada, la incapacidad para explicar algunas cosas, su vulnerabilidad.” (29)

La escena álgida de este capítulo es el encuentro sexual entre el jardinero y Leocadio: “No me puedo mover, como me agarra. Intento retorcerme, gusanito, zafarme, pero me voy poniendo lacio, azaroso. Entonces un caliente de abazos, carne que se arrima por la espalda. (...) Abro la boca y lo que sale es un gorgojeo de pajarito.” (Santos Febres 101 – 102). La sintaxis se torna fracturada, hay un afán de describir el escenario a través de las pocas palabras que, el niño, va reteniendo mediante la mirada de su entorno.

Los cuerpos infantiles representados en la novela, específicamente, los de Leocadio y Sirena, se estructuran como un lugar de deseo. El turismo, en tanto, industria que juega con la oferta de deseos para los turistas como también de experiencias nuevas, articula este subterfugio para que se den nuevos mercados, provocando otros tipos de transacciones. La novela va develando, poco a poco, cómo el turismo, constituido por la industrialización de paraísos en grandes cadenas de hoteles, también produce otro escenario: el turismo sexual. De este modo, la infancia se torna corrompida por situaciones de índole sexual como medio de sobrevivencia. Sirena se prostituye por necesidad, pero también por miedo, pues su figura frágil y amanerada la harían atravesar momentos difíciles si es que pasaba a los hogares de crianza, pues, “Servicios Sociales se lo quería llevar a un hogar. Pero bien sabía la Sirena que para él no había gran diferencia entre un hogar de crianza y un círculo en el infierno. Allí abusarían de él los más fuertes, le darían palizas, lo violarían a la fuerza para luego dejarlo tirado, ensangrentado y casi muerto (...)” (9) Por otro lado, Leocadio llega a un hogar en que es un secreto a voces que los niños que residen ahí se prostituyen para poder solventar los gastos básicos para sobrevivir: “Algunos tenían sus clientitos. Ella lo sabía. Y se preocupaba. Eso había sido al principio. Ya se había acostumbrado.” (124) Desde mi lectura, la representación de estas infancias, que se ven ajenas al mandato de la matriz heterosexual, se realiza para reflexionar en torno a estas prácticas. Hay una cosificación del cuerpo infantil por parte de la masa de turistas, quienes terminan violando o negociando el cuerpo del niño. Andrea Jęftanovic dice a propósito de esto:

que hablar ‘como’ o ‘desde’ un niño cuando no se es uno, es un habla extraña, la reiteración melancólica de un lenguaje que heredó, pero que no considera el instrumento que quisiera emplear, por las relaciones de poder



que implica, pero del que es imposible zafarse. Se construye como un discurso en tanto se torna de significación social. (30)

## LA GRAN ESTAMPA DE FAMILIA

En la novela se percibe cómo *la gran familia puertorriqueña* se estructura mediante una nueva consideración: las subjetividades representadas están atravesadas por su constitución de cuerpos que no se leen, a sí mismos, dentro de la coherencia que propone la matriz heterosexual. De esta manera, los personajes infantiles, como Leocadio y Sirena, “must construct their own sense of community, family, and romance -love- profiting from the geographical displacements and cross-class contacts available to them and which allow these subjects to destabilize the signifier of *puertirriqueñidad*” (Gabiola, 79) Así, ambos personajes construirán otro espacio afectivo necesario para su vida. Santos Febres, entonces, articula una significación de familia que no ha sido contada en el relato de *la gran familia*, sino que produce otra comunidad, donde los lazos no se expresan por su consanguinidad, sino que por una afectividad. Así, esta familia, no contada, que está compuesta por sexualidades y manifestaciones de género que no se inscriben dentro de la matriz, se establecen como lugares de resistencia para estas subjetividades, pues, es en estas afectividades familiares que se construyen como sujetos válidos, con su propia historia y su genealogía.

En torno a este tema resulta necesario que se realice un desglose acerca de las comunidades filiales y afiliales. Edward Said en su introducción “Crítica secular” a *El mundo, el texto y el crítico* diferencia las relaciones de filiación y de afiliación; “el esquema filiativo pertenece a los dominios de la naturaleza y de la “vida”, mientras que la afiliación pertenece exclusivamente a la cultura y a la sociedad.” (34) Las estructuras filiativas que se representan en *Sirena Selena...* se caracterizan por su fragmentariedad. La disolución de la familia, en su sentido tradicional, implica que exista una producción de otro dispositivo que pueda transmitir saberes a los sujetos infantiles, aquí entonces entra su contraparte, es decir, las estructuras afiliativas, las cuales, dice Said, “ya sea un partido político, una institución,

una cultura, un conjunto de creencias o incluso una visión del mundo, proporciona a hombres y mujeres una nueva forma de relación, a la cual he estado denominando afiliación pero que también constituye un nuevo sistema” (34). Quiero llevar esta reflexión hacia la construcción de comunidades que sujetos, de sexualidades y géneros no heterosexuales, realizan. Las comunidades afectivas que se producen en la obra se establecen como un lugar político para estas subjetividades ya que siguiendo la concepción con la que trabaja en torno al término *queer* Alexandra Gonzenbach, en su artículo “We are family: translocations of queer kinship in Mayra Santos Febres’s *Sirena Selena vestida de pena*”: “it is the radical questioning of structures of heteronormative and homonormative affective bonds and family relationships.” (70)

Creo que también es pertinente, en relación con la cita anterior, la reflexión que realiza Judith Butler, en la Introducción a *Deshacer el género*, acerca de la composición ideológica que la familia ha tenido dentro del relato burgués, coherente con la lógicas reproductivas del sistema capitalista, donde el matrimonio se expresa como la institución que alberga a la familia y, a partir de aquel contrato, comienza a fundarse la reproducción humana<sup>2</sup>; la filósofa establece en función a este tema que:

Quando el matrimonio marca los términos para el parentesco y el parentesco en sí mismo se colapsa en la “familia”, los esfuerzos para establecer enlaces de parentesco no basados en el lazo matrimonial se convierten en opciones prácticamente indescifrables e inviables. Los lazos sociales duraderos que constituyen parentescos viables en las comunidades de minorías sexuales corren el riesgo de convertirse en irreconocibles e inviables, mientras el lazo matrimonial sea la forma exclusiva en que organicen tanto la sexualidad como el parentesco. (19)

Las comunidades afectivas alternativas a la familia tradicional, que en muchos casos son compuestas por sujetos que se establecen fuera del sistema sexo-género hegemónico, son necesarias, pues a través de este relato de familia es donde existe una historia con la que

---

<sup>2</sup> Tengo en cuenta que la familia, como institución, siempre ha tenido sus grietas, pero aquí, específicamente, me refiero al relato heterosexual hegemónico con el que se ha construido el concepto de familia.

legitimarse. Son un espacio necesario para crear memoria y la producción de prácticas culturales propias de estos sujetos.

Aterrizando estas reflexiones hacia los personajes infantiles de la novela, parto con Leocadio, quien se construye a través de los relatos que Migueles le entrega, luego de su llegada a la casa de doña Adela, lugar donde existe una figura materna, a pesar de no compartir consanguinidad. Es en su casa que se establece una familia compuesta por una veintena de niños. Leocadio, a través de Migueles, conocerá la concepción de masculinidad y feminidad, que le permiten comprender, y cuestionar, los roles de género. Estas se producen mediante distintas conversaciones que mantiene con él. En aquellas instancias, el trato que Migueles tiene con él hace que cambie el paradigma de su identidad, pues, “a Leocadio nunca lo habían tratado como a un hombre. Él siempre fue el niño de mamá, que lo sobreprotegía por aquello que pasó una vez.” (196) De este modo, Leocadio irá confeccionando su visión de mundo de acuerdo con lo transmitido por Migueles, pero también relacionándolo con lo aprendido con la madre. Es a partir de este momento que Leocadio comienza a descubrir la realidad en la que el mundo es construido. Su sexualidad también comienza a definirse, ya que la relación que irá construyendo con Migueles termina por confundirla. Si al principio él se percibe como el hermano de Migueles, también comenzará a sentir otro tipo de afecciones hacia él: “le entraban unas cosquillas en la barriga a veces, cuando lo veía con su uniforme de mesero” (248), rompiendo el tabú heterosexual, ya que, a pesar de establecerse entre ellos una relación familiar, la no consanguinidad permite abrir un relato de afectividad entre ellos.

Por otro lado, Selena logra convertirse en una bolera, lo que, desde mi lectura, es posible a través del imaginario transmitido por su abuela y las canciones de boleros que compartían. Incluso la significación con la que ella se reviste está marcada por referentes de canciones antiguas de boleros. Una lectura interesante que realiza José Amícola sobre los cuerpos travestis “es que revelan en sí que es el alma la que encierra al cuerpo y no a la inversa, en tanto esos cuerpos se visibilizan como una pura discursividad, la discursividad de la idea de lo femenino. En esa cadena signífica el objeto cuerpo se encuentra así revertido más que invertido, como producto de una resignificación.” (84) Esta discursividad con la que la Sirena se viste se nutre del imaginario que la abuela le transmite.

No obstante, no es solo su abuela quien cobra relevancia en esta producción de su identidad. Valentina Frenesí, su madre luego de la muerte de su abuela, también se establece como una figura que la marca en su historia. Luego de la violación sufrida por Sirena, ella le hace prometer que nunca más volverá a ser templada, es decir, penetrada: “Está bien, (...), pero a ti no te clava nadie más” (Santos Febres, 89). Esta promesa tiene una gran importancia ya que luego del encuentro que Sirena tiene con Hugo Graubel, ella entra en conflicto. Su posición en la relación sexual no se adecúa a la matriz.

La tercera figura con la que Sirena se encuentra y compone su relato familiar, es Miss Martha Divine. Ella es quien recrea una genealogía sobre la comunidad de sexualidades y géneros disidentes. En el capítulo V de la novela la Divine recuerda a personajes que componen una memoria travesti: primero con Luisito Cristal, quien personifica la estética *glam* que la travesti alcanza: “porque ella era así divina, esplendorosa, opulenta en su fantasía de loca caribeña” (31); Milton Rey, un personaje que Martha lo asocia con el turismo sexual, pues, “A Milton lo que le gustaba era rondar los bares de turistas (...) Eso era lo que le gustaba a Milton, los bares para gringos” (32); a Renny, la transformista que imitaba a Diana Ross, la presenta como la travesti que el SIDA se llevó, narrada como un cuerpo patógeno en que la enfermedad invadió todo “Parecía uno de esos niñitos de Biafra (...). La regia, la fabulosa Renny Williams, convertida en aquella piltrafa de pellejo y huesos.” (33); y por último la travesti cubana, cuyo nombre la Divine no recuerda, se establece como el cuerpo que ha sido marginalizado, debido a que reúne todas las condiciones de exclusión: es travesti, migrante, “prieta”, y su historia termina con un travesticidio, y la misma Martha dice “nos enteramos (...) que la habían matado a tiros en un pastizal de Bayamón. No nos atrevimos a ir a la morgue, no fuera a ser que nos arrestaran para interrogatorios. En aquella época exponerse a la policía no era ningún chistecito. De seguro te ganabas una paliza.” (35 – 36) A través de todo este compendio de relatos, Sirena comienza a figurarse un relato genealógico sobre lo que significa su identidad: la estética, el turismo sexual, el SIDA y la marginalización que termina en homicidio, provocan que la niña travesti comience a pensarse dentro de un mundo hostil para su subjetividad.

La construcción de estas familias, alternativas al modelo hegemónico heterosexual, surge a propósito del relato excluyente con el que se constituye *la gran familia*. A partir de la representación de relatos de sujetos marginalizados que la novela va construyendo y, de acuerdo con el contexto en el que se enraízan estas comunidades, se puede inferir que tanto Sirena como Martha dislocan la subjetividad modelada hacia lo heterosexual. En esta dirección:

Their frame of mind escapes inheritance, reproduction, and longevity since all Sirena and Martha have inherited is both familial and national violence. These social subjects emerge, therefore, from an epistemological crisis of family and nation. But the same neoliberal society that has located them in a familial violent position contrarily provides possible tools to negotiate social violence in a positive sense. (Gabiola 82)

Aun así, los personajes como Leocadio, Martha y Sirena constantemente estarán pensando en la constitución de una familia de sentido tradicional. Cada uno de ellos se escribe a sí mismo a través de las narrativas que sus espacios familiares le transmiten. Santos Febres, construye una *gran familia* en la que sus integrantes pertenecen a un sistema de sexo – género distinto al propuesto por el tópico hegemónico. Se disrumpe el sentido heteronormativo como gran relato familiar, pues en la novela se trabaja una genealogía con la que los personajes se ven identificados, y toman esas narraciones y transmisiones como herramientas para sobrevivir en un mundo que los hace sentir ajenos.

## **EL AMOR: PARA UNA LOCA ES LA MUERTE**

La transmisión de valores siempre ha estado presente en la constitución de la infancia. Existe un deber de construir un mundo, mediante el lenguaje, para que el niño o niña pueda materializar la realidad. Para los niños y niñas que desde su infancia descubren que su sexualidad o su género no son coherentes con los discursos que la sociedad articula, es más

difícil lograr construirse a sí mismos sin tener una representación de ellos que los valide. Así, una de estas discursividades, que es de las importantes creo yo, tiene que ver con la construcción del discurso del amor. Y resulta interesante sobre todo cuando hay poquísimas representaciones de otra discursividad, que esté fuera de la heterosexual, que aborde el amor. ¿Acaso el amor solo tiene una estructura válida mediante la heteronorma? ¿cómo se puede amar sin verse representado en el mundo? ¿la errancia de estas subjetividades, pensando en la composición heterosexual del discurso amoroso, provoca que sea complejo armar un relato que construya una afectividad fuera de la heterosexual?

El bolero, como género musical, se caracteriza por producirse en Latinoamérica. Cuba y México, Puerto Rico y República Dominicana son algunos espacios históricos en que el bolero se ha creado. El bolero de algún modo proporciona una educación sentimental para la cultura latinoamericana. Teniendo en cuenta que:

El bolero (...) se ha identificado con una experiencia latinoamericana muy particular de una modernidad/modernización periférica y de desarrollo desigual en un espacio liminal. La combinación de lo tradicional con lo moderno se contrapone al afán capitalista por lo novedoso y el enfoque sobre la emoción y la intimidad (...) [el bolero] provee un contrapunto a las estructuras sociales modernas y los procesos macrosociales para conectar con memorias de otros tiempos mediante la creación o descubrimiento de raíces. (Knights 144)

Resulta interesante, entonces, señalar el bolero como la educación sentimental que Sirena recibe a través de su abuela. Toda la discursividad que Sirena construye sobre sí misma se realiza mediante el imaginario del bolero. Y la voz de Sirena encaja perfecto para entonarlo. Incluso su abuela se lo manifiesta mientras ambas cantaban: “hazme segunda voz (...) tienes una voz hermosa, muchachito del cielo” (40).

El bolero, en este sentido, se instala como la lengua con la cual puede vincularse Sirena con su abuela. Veena Das, reflexiona en torno a la relación del lenguaje y los niños en un mundo centrado por adultos, manifestando que “las madres no solo les enseñan a las

criaturas el uso del lenguaje y otras habilidades sociales, sino que en la manera misma de comunicarlo le ofrendan al niño el mundo y el *ser*. Puedo decir que a menudo la madre no solo le habla *al* niño sino que al hablar lo crea: le da, por así decirlo, una encarnación en el lenguaje.” (19) De esta forma, la abuela y Sirena comparten un lenguaje que ambas construyen a través del bolero. Un imaginario que gira en torno a esa tonada y que cargará consigo: “todos los boleros de la abuela eran el caudal que necesitaba para protegerse para siempre” (93), su realidad la configurará en torno a lo que el bolero articula.

Sin embargo, Sirena no solo se estructura mediante los saberes entregados por su abuela. También los de Valentina (la promesa) y los de Martha, quien le narra la historia de Margot, una travesti que se enamoró perdidamente de un policía. Los encuentros que Margot tenía con él son narrados por Martha como si fuese solamente el deseo del policía el que estaba siendo consumado: “la hacía bajar y la fajaba con pasión pero sin violencia, siempre de espaldas ella, siempre con la cara contra el bonete, en el más completo silencio” (138 – 139), y Margot, proyectaba su deseo en relatos que en su mente eran producidos “se lo imaginaba murmurándole al oído que la adoraba, que se mudaría con ella a un cuartito, dejaría la policía para irse a vivir el idilio.” (139) El cuerpo de la travesti se instala en el relato como un objeto de consumo, reificándose y convirtiéndose en mercancía. La fetichización del cuerpo de las travestis, suprime la propia subjetividad. Finalmente, Martha aconseja a Sirena que “Ay nena tu reza por no enamorarte jamás. (...) Es malo el amor en esta vida. Para cualquiera es malo, pero para una loca, es la muerte.” (140)

Ante la cosificación del cuerpo travesti, de acuerdo con la narración de Martha, Sirena comienza a vivir una experiencia que, complementada con el imaginario de los boleros, intenta dislocar, en tanto que la travesti no puede ser parte de un relato amoroso. Sirena intenta que aparezca un bolero protagonizado por una travesti; en el encuentro que Sirena tiene con Hugo Graubel, ella intenta cantar. Sin embargo, los boleros no le salen, quizá porque no existe un relato de amor sobre una travesti: “Debe haber un bolero que cantar en un momento como este. Los boleros se hicieron para momentos como este. (...). Sirena sigue pensando en el bolero y en que, una vez lo encuentre, completará el cuadro de lo bellos que se deben ver los dos a la luz de la luna.” (218 – 219) La educación sentimental que Sirena recibió, entre los boleros y la memoria travesti que Martha inscribe en ella,

hacen que el relato amoroso se vea imposibilitado. Este hecho se concretiza tras la consumación del deseo de Hugo por Sirena. Él le pide que no cante esta vez, y ella, ya entregándose a él, calla. A pesar de ello algo pasa, Hugo le dice “Mira cómo me tienes, sirenito” (225) y la voz narrativa señala: “Y le dice sirenito. Lo llama en masculino como nunca y la turba en canción. (...) La respiración se le agita mientras Sirena, tranquila, sigue cantando y lo acaricia con su mano ensalivada de uñas falsas. Por detrás también lo toca con el dedo mojado, le hunde el dedo hasta rasparle por dentro.” (255) Sirena mantiene la promesa que le hizo a Valentina, el nunca más dejarse penetrar. Pero su figura de mujer bolerosa se desarma al momento de verse penetrando a Hugo: “para hablar tendría que deshacerse de quien es ella en realidad, de quien tanto trabajo le ha costado ser. ¿Y si se vuelve hacia afuera y no regresa? ¿Quién sería ella entonces?” (256). En este sentido, Sirena opta por mantenerse fiel a sí misma, seguir con la promesa en pie, mantener su palabra frente a sus muertas, a pesar de que Hugo termina utilizándola de igual modo que el policía utilizó a Margot.

Por otra parte, Leocadio, a través del contacto de Migueles, logra entrar a trabajar en el hotel Colón, el que se caracteriza por recibir a un público gay. Desde un principio al niño le empezó a llamar la atención el bar del lugar: “Leocadio sospechaba que allá existía un mundo especial. No sabía cómo ni por qué, pero algo muy dentro de él le decía que arriba había algo suyo, algo que debía aprenderse de memoria.” (223) No obstante Stan, dueño del hotel, le prohibió al niño acercarse al bar. A pesar de ello, y siguiendo su interés y curiosidad por éste, Leocadio constantemente le propone a Migueles que lo lleve ahí. Y de tanto insistir, Leocadio consigue que Migueles le enseñe cómo es el bar. Migueles evidencia la desobediencia que cometió al hacer entrar al niño en el bar y, ante eso, mira a todos lados buscando si acaso aparece Stan. Leocadio le señala que están solos, y bromeando dice que puede haber, quizás, un fantasma fiestero junto a ellos. Migueles le responde: “Un fantasma fiestero y medio pájaro que se murió turisteando en el Colón.” (250) Migueles con esta respuesta evidencia cómo es el hotel, qué es lo que pasa en el bar del hotel, ya que pájaro en el Caribe significa marica.



En la escena del bar, Leocadio le pregunta a Migueles cómo es que se baila ahí, a lo que él le responde enseñándole algunos pasos. Mientras sucede la clase de baile surge una conversación entre el niño y el joven:

-Así que uno dirige y otro sigue.

-así mismito es.

-El grande al chiquito.

-No siempre. A veces el más grande no es el más hombre de la pareja.

-¿Cómo que no es el más hombre?

-El hombre es el que dirige, el que decide. El otro es la mujer.

Leocadio calló por un rato. Siguió mirando las luces, pero se le notaba el semblante concentrado en las palabras que Migueles acababa de decir. (251 – 252)

Tras este momento Leocadio aprehende una realidad nueva que se escapa a la acostumbrada, es decir, una que se constituye mediante el binomio de género. El capítulo XLVIII, estructurado por medio de la voz enunciativa de Leocadio, es el único en que un personaje niño, dentro de la novela, se expresa por sí mismo, sin ningún otro personaje mediatizándolo. Lo importante de este capítulo es la reflexión que recoge Leocadio a propósito de lo dicho por Migueles: “hay muchas maneras de mandar, muchas formas de ser hombre o ser mujer, una decide. A veces se puede ser ambas sin tener que dejar de ser lo uno ni lo otro.” (258) Esta reflexión abre la posibilidad de concebir los roles de género de forma más abierta. Aunque en este sentido no existe un relato amoroso transmitido a Leocadio, el niño sí produce un escenario en que él se puede ver produciendo uno: “Y Migueles es mi hermano que me enseña a bailar, y me trata como un hombre, pero baila conmigo aunque yo sea chiquito y delicado. Me respeta y baila conmigo. Yo soy de respeto y cuando crezca, me vestiré de más respeto y vendré a bailar aquí, adonde no hay fieras.” (259) Leocadio encuentra un sentido de pertenencia en ese bar, siente una representación en el relato que Migueles le transmite, pero también es en este lugar cerrado, dentro del hotel, donde Leocadio encuentra la posibilidad de que su cuerpo no sea cooptado por los deseos de otro sujeto, sino que los propios deseos de él lo movilizan y legitimen. Aunque su afectividad se constituya dentro de un espacio enclaustrado.

## CONCLUSIÓN

La infancia es construida, contemporáneamente, a través de un discurso que pone al niño como una promesa de sujeto, de tal forma que su constitución se realiza siempre desde una mirada que se posa hacia el futuro. El relato que se expresa a partir de esta visión propone al sujeto infantil desde una subjetividad específica: un cuerpo que es mediatizado por distintas fuerzas institucionales: tanto la familia como la escuela, pero también por el Estado. En este sentido, es un cuerpo tensionado que se ve direccionado hacia una determinada subjetividad, que se configura como válida.

Los niños no pueden constituir un discurso sexual en función al propio descubrimiento de su cuerpo, por ejemplo; tampoco deben mostrar deseos que sean ajenos al discurso de la niñez. De modo que al infante se le construye mediante una ruta ya confeccionada. El relato que la sociedad adulta establece como válido tiene relación con la separación, mediante la genitalidad, de los roles de géneros, configurándose de esta forma el sistema sexo-género. Es interesante señalar la definición con la que Rubin se posiciona en torno a tal sistema: “un “sistema de sexo/género” es el conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas.” (97) La producción en relación con los géneros queda establecida a través de la separación espacial con la que se configuran los sujetos: las mujeres hacia el espacio privado y los hombres hacia el público. Se constituye de esta manera un relato heteronormativo.

A propósito de lo anterior, es interesante enfrentarse al ejercicio que Mayra Santos Febres realiza en *Sirena Selena vestida de pena* donde la infancia representada habita otros lugares. Una travesti quinceañera que tiene un pasado de prostitución y un niño de ocho años con deseos homoeróticos, provocan que el concepto de infancia se remueva y muestre su lado oscuro. Las personas con sexualidades y manifestaciones de géneros disidentes a la matriz heterosexual también han sido niños y niñas, sin embargo, es difícil verse representado en un mundo construido por y para personas heterosexuales. Mayra, desde mi perspectiva, como se ha planteado en esta tesis, realiza una construcción simbólica

mediante la creación de estas representaciones de sujetos que no han sido narrados previamente en el gran relato de la vida boricua.

Considero de gran importancia que se sigan escribiendo representaciones de las infancias que no han sido contadas por el discurso hegemónico. La niñez, sobre todo en los países que entran en el discurso del subdesarrollo, es una etapa muchas veces violenta, muchas veces de desamparo. Pareciera ser que solamente es importante dejar de ser niños para entrar en el mundo de los adultos. En este caso específico, me refiero a que cuando no se construye un mundo simbólico con el cual referirse desde la niñez, es difícil sentirse como un sujeto válido. Y con este vacío simbólico, se forman también espacios de exclusión, en los que las personas que lo habitan se ven desplazadas hacia esos lugares por fuerzas que tienen relación con el discurso hegemónico. Pratt a propósito de esto señala que:

la transformación de redes incluyentes en nudos excluyentes con vastas zonas de exclusión y marginalidad donde la vida se tiene que llevar de otra manera, donde la ganancia y el consumo no son lo que da sentido a la vida. En estas zonas proliferan la tristeza, el sufrimiento y el desespero, pero también se crean otros conocimientos, valores, placeres, otras narrativas, otros modos de vivir la vida, de gozarla, de darle sentido. (28)

Quisiera terminar con esta cita, que habla sobre la construcción de sentidos que se da en los espacios marginalizados, y llevarla hacia la categorización de sexo – género. Las subjetividades que se construyen a sí mismas fuera de la matriz heterosexual cargan muchas veces con un sentimiento de ajenidad sobre sí mismas. Esto debido principalmente a que no se ven representadas en un mundo tanto simbólico como material. Lo que hace que sea fundamental la construcción de representaciones de comunidades y de sujetos que integran estos lugares. De esta manera proporcionan una alternativa al modelo de vida canónico heterosexual y abre una nueva posibilidad válida de vivir. A través de esta tesis leo la novela desde esta posición, estableciendo un diálogo que abre las alternativas representacionales frente a un relato heterosexual en específico, como el de *la gran familia puertorriqueña*. La producción de estas narrativas hace que estas subjetividades

marginalizadas se vean legitimadas simbólicamente mediante los relatos de memoria, la transmisión de saberes, y también, los lazos afectivos.

## BIBLIOGRAFÍA

Alzate, María. "El "descubrimiento" de la infancia (I): Historia de un Sentimiento" *Revista Electrónica de Educación y Psicología*, 1.1 (2014)

\_\_\_\_\_. "El "descubrimiento" de la infancia (II): modelos de crianza y categoría sociopolítica moderna." *Revista Electrónica de Educación y Psicología* 1.1 (2004).

Amícola, José. *Camp y Posvanguardia Manifestaciones Culturales de Un Siglo Fenecido*. Buenos Aires. 2000.

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Editorial Fondo de Cultura Económica, México. 1993.

Ariès, Philippe. "La infancia" *Revista de Educación*, 281 (1986): 5-17.

Benitez Rojo, Antonio. "De la plantación a la Plantación." *Cuadernos hispanoamericanos* 451 (1988): 217-240.

Butler, Judith, "Actuar concertadamente". Introducción. *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós. 2006.

\_\_\_\_\_. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós, 2007.

Cicalese, Guillermo. "Los cambios de sentido en los espacios sociales del turismo a partir de la globalización." *FACES* 6.8 (2000): 79-106.

Das, Veena. *Violencia, cuerpo y lenguaje*. Fondo de Cultura Económica, 2016.

Deavila Pertuz, Orlando. "Las otras caras del paraíso: veinte años en la historiografía del turismo en el Caribe, 1993-2013." *Memorias. Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe* 11.23 (2014).

Díaz, Luis Felipe. "La nueva narrativa de Mayra Santos Febres" en <http://postmodernidadpuertorriquena.blogspot.com/2013/05/la-narrativa-inicial-de-mayra-santos.html>

Filardo, Verónica. "Globalización y turismo: impactos en los territorios." *Pampa: Revista Interuniversitaria de Estudios Territoriales* 2 (2006): 185-217.

Fumis, Daniela Gisela. "Aproximaciones al problema de la infancia en la narrativa. Cruces, preguntas, desbordes." *452°F: revista de teoría de la literatura y literatura comparada* 15 (2016): 178-194.

Gabiola, Irune del Río. "A Queer Way of Family Life: Narratives of Time and Space in Mayra Santos-Febres's 'Sirena Selena vestida de pena'." *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies* 11 2007: 77-95.

Gelpí, Juan. *Literatura y paternalismo en Puerto Rico*. San Juan: Universidad de Puerto Rico, 1993.

Gonzenbach, Alexandra. "We are family: translocations of Queer Kinship in Mayra Santos Febres's *Sirena Selena Vestida de Pena*." *Chasqui* 46.1 (2017)

Hall, Stuart, et al. *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Ecuador: Universidad del Cauca, 2014.

Jaimes, Rubén Darío. "Literatura y reafirmación cultural en Puerto Rico." *Contexto: revista anual de estudios literarios* 19 (2013): 41-68.

Jeftanovic, Andrea. *Hablan los hijos. Discursos y estéticas de la perspectiva infantil en la literatura contemporánea*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2011.

Knights, Vanessa. "El bolero y la identidad caribeña." *Caribbean Studies* (2003): 135-150

Lagunas, David. "El poder del dinero y el poder del sexo: antropología del turismo sexual." *Perfiles latinoamericanos* 18.36 (2010): 71-98.

Ludmer, Josefina. "Tretas del débil." *La sartén por el mango* (1984): 47-54.

Morales, Edgar. "Literatura y sociedad en Puerto Rico" *Cifra nueva*, 16. (2002): 97 – 111.

Morgado, M. 2000. "Literatura para curar el asma. Una entrevista con Mayra Santos-Febres." Marzo-abril: [http://www.barcelonareview.com/17/s\\_ent\\_msf.htm](http://www.barcelonareview.com/17/s_ent_msf.htm).

Pantojas, Emilio. "De la plantación al resort: El Caribe en la Era de la Globalización." *Revista de Ciencias sociales* 15 (2006): 82-99.

Pizarro, Ana. "El Archipiélago de Fronteras Externas". *El Archipiélago de Fronteras Externas. Culturas del Caribe hoy*. Santiago de Chile: Editorial de Universidad de Santiago. 2002

Pratt, Mary Louise. "Modernidades, otredades, entre-lugares." *Desacatos* 3 (2000): 21-37.

\_\_\_\_\_. "Globalización, desmodernización y el retorno de los monstruos." *Revista de Historia* 156 (2007): 13-29.

Rojo De La Rosa, Grínor. *Globalización E Identidades Nacionales Y Postnacionales -- ¿de Qué Estamos Hablando?* 1a. ed. Santiago De Chile: LOM Ediciones, 2006.

Said, Edward W. *El Mundo, El Texto Y El Crítico*. 1a. ed. Barcelona: De Bolsillo, 2008

Sancholuz, Carolina. "Literatura e identidad nacional en Puerto Rico [1930-1960]." *Orbis Tertius* 2.4 1996.

\_\_\_\_\_. *Ficciones de la puertorriqueñidad: Construcciones discursivas de las identidades nacionales en la obra de Edgardo Rodríguez Juliá y Manuel Ramos Otero*. Diss. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2005.

Sánchez, Luis Rafael. *La guagua aérea*. Editorial Cultural Incorporated, 1994.

Santos-Febres, Mayra. *Sirena Selena vestida de pena*. Barcelona: Mondadori, 2000.

Soto, Iskra Pavez. "Sociología de la infancia: las niñas y los niños como actores sociales." *Revista de sociología* 27. 2012.

Rothe, Thomas. "la mujer en el discurso nacionalista puertorriqueño de la primera mitad del siglo XX: Hitos de la raza de María Cadilla de Martínez." *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos* 7 (2016): 227-250.

Torres, Daniel. "La erótica de Mayra Santos-Febres." *Centro Journal* 15.2 (2003).

Vega, Ana Lydia. "Nosotros los historicidas." *Revista del Centro de Investigaciones Históricas* 21 2012: 11-22.